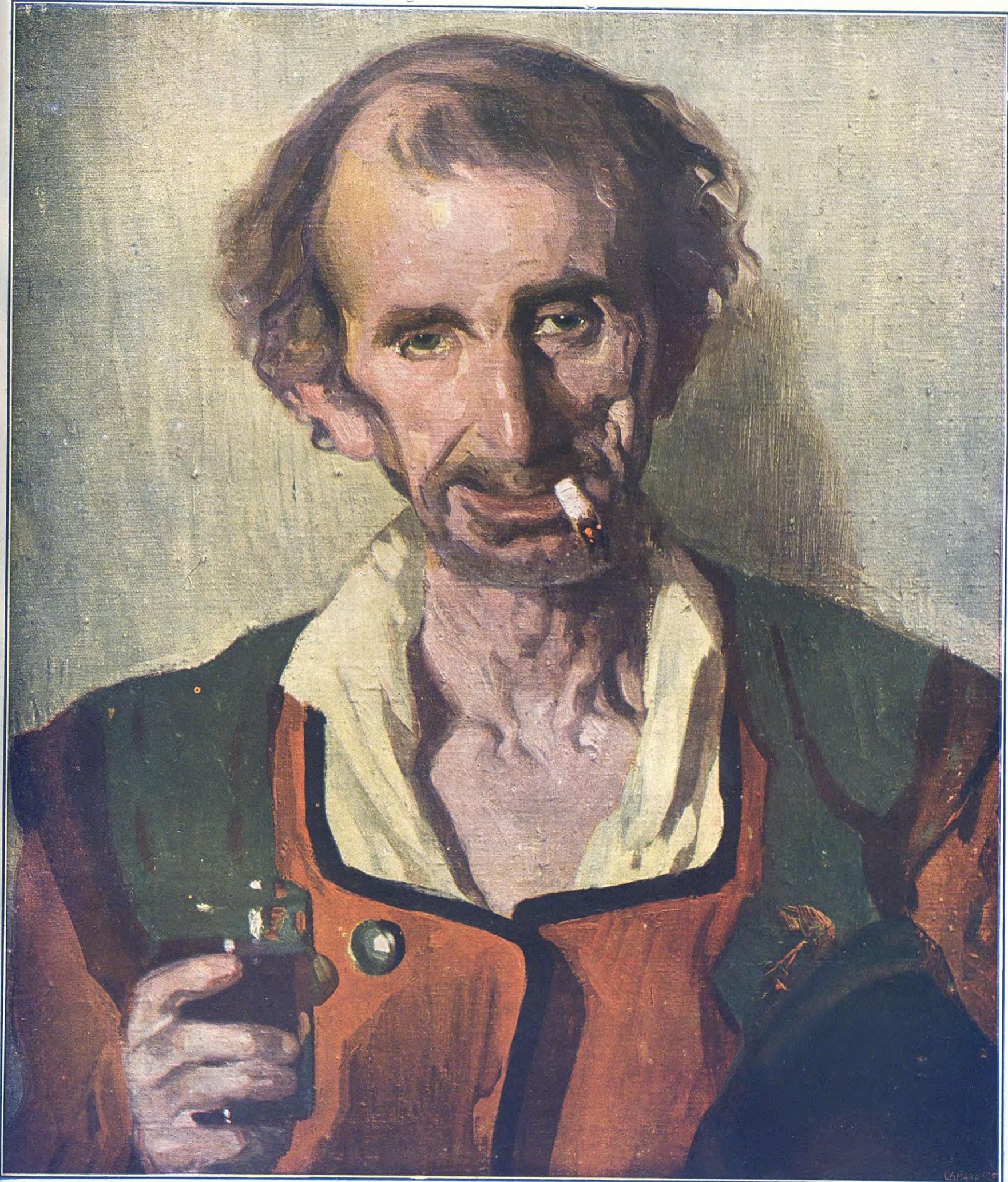


La Espera

8 Septiembre 1917

Año IV.—Núm. 193

ILUSTACION MUNDIAL



EL VASO DE VINO, cuadro de Cruz Herrera

DE LA VIDA QUE PASA

MUY SIGLO XVII

Si—dice mi amigo—, se creería que estamos en el Madrid del siglo XVII. El escenario no es de época, en verdad. Esta ancha calle de Alcalá, cruzada por tranvías eléctricos y automóviles; estos edificios modernos, como El Fénix, la Peña, el Banco del Río de la Plata y el de España; los trajes de la multitud que discurre por la calle; los pregones que rasgan el aire, son contemporáneos nuestros, son muy siglo XX, ¿no es verdad? Mirado así, por fuera, Madrid parece una gran capital moderna, como cualquiera otra; pero...

Llevamos veinte minutos sentados en la terraza de este café. Uno tras otro, se nos han acercado cinco limpiabotas, ofreciéndonos, con obstinación, sus servicios y ponderando la perfección con que limpian, fijan y dan esplendor... al calzado; los más modestos, ya que no queremos llevar lustrosos los zapatos, se han ofrecido á quitarles el polvo por una *perra*. Al mismo tiempo, ó en los intervalos, han acudido tres vendedoras de décimos de la lotería, y, quieras que no, nos han puesto la suerte encima del velador; media docena de vendedores de periódicos nos han ofrecido su mercancía; después se ha presentado un pobre ciego, guiado por una chiquilla, que ha hecho estación delante de cada una de las mesas, pidiendo, con estudiado rezo, una limosna. En seguida, una orquesta ambulante de ciegos, que, después de ejecutar una copla de moda, ha hecho su cuestación; luego otros mendigos. A continuación, un golfito nos ha pedido un terrón de azúcar de los que quedaban sobre la mesa; otro, entretanto, se ha deslizado entre nuestros pies para atrapar una colilla de cigarro. Un vendedor de perros nos ha ofrecido unos cachorros; un librero ambulante nos ha brindado una novela de Zola, traducida en Barcelona hace veinte años, y un tomo de Trigo. Salvo error ó omisión, veintisiete personas se han acercado á solicitarnos para fines mercantiles ó benéficos, en espacio de menos minutos que su número.

... Es verdad que en todas partes hay *camelots* ó vendedores ambulantes, y, si no en todas, en algunas, mendigos. En la terraza del Café de la Paix, en París, os ofrecerán, de lejos, postales ó guías del París galante; en el Café Aragno, de Roma, también surgirá algún vendedor solícito ó algún Mefistófeles callejero. Pero la diferencia



La vendedora de décimos y la niña de las varas de nardos, ejerciendo su comercio á la puerta de uno de los cafés de la calle de Alcalá

consiste, no sólo en el número, sino en la familiaridad. Si se muestra usted accesible, el limpiabotas, la vendedora de décimos y el mercader de perros acabarán por convertirse en sus amigos y confidentes, y no será extraño que se sienten á su mesa y le pregunten por la familia. El mendigo, si le da usted limosna, acudirá al día siguiente á recibir el mismo óbolo, como si hubiera constituido un censo sobre su cabeza de usted. Es un parasitismo insinuante, que quiere entrarse en nuestra intimidad; servil y atrevido, que le llama á usted *señorito*, aunque no tenga usted sobre él la menor relación de señorío, y que cruza entre su mesa de usted y la del vecino, como si fuese un cliente más, para recoger una colilla ó acercar el platillo de la limosna á un consumidor más lejano; que se mueve, en suma, con la misma li-

bertad que si estuviera en casa, y que está dispuesto á desempeñar toda clase de comisiones y servicios.

•••

... Es el Madrid del siglo XVII, que subsiste en la ciudad moderna, con su vegetación parasitaria de pícaros y hampones, de pordioseros, que entonan las mismas ó parecidas salmodias. La abundancia de parásitos y su familiaridad, esos rasgos que señalábamos antes, parecen heredados de entonces, transmitidos de generación en generación, con ligeras modificaciones de fonna. El hampón y el pedigüeño del *Mil seiscientos*, era igualmente adulador y entrometido; llamaba *señor licenciado*, ó *señor hidalgo*, ó daba señoría á cualquiera en quien veía esperanza de convite ó de socorro. Se agitaba en los sitios públicos, trabajaba mucho en cosas inútiles, en trapacerías, en ardides, para no trabajar en algún oficio útil y honesto. Y entonces, como hoy, hacía gracia, era mirado con indulgencia y hasta con simpatía. La mitad del parasitismo es el parásito; la otra mitad, el medio propicio. Esas veintisiete personas que se han acercado á nosotros á ofrecernos algo ó á pedirnos algo, no serían posibles si no hubiera en las terrazas de los cafés mucha gente que no rehusa la conversación con ellos y que acaba por soltar unas monedas de bronce, por comprar un décimo de lotería ó un perro...

... Esta familiaridad, que parece llaneza y democracia, es completamente antidemocrática. En ella hay un fondo de servilismo: todo ese pequeño mundo parasitario está dispuesto á convertirse, por unos minutos, en nuestro criado accidental, en desempeñar cualquier comisión que le encarguemos, sin mirar si es honesta. La democracia, la verdadera democracia, es opuesta radicalmente al parasitismo; supone un régimen de trabajo. En una ciudad bien organizada se haría una leva de todos estos vagos; unos, los inútiles, irían á Asilos á ser convenientemente atendidos; otros, á trabajar en oficios ó á escuelas y establecimientos de corrección.

—Madrid sería, quizás, menos pintoresco, menos siglo XVII—replico.

—Dejemos los siglos de atrás para los libros. Y, en secreto: por punto general, me carga lo pintoresco.

E. GOMEZ DE BAQUERO



Los músicos ambulantes, el vendedor de almendras y las vendedoras de décimos y de flores, amenizando la estancia del público en la terraza de un café

POTS. SALAZAR

MOMENTOS HISTÓRICOS

LA CRUZ DE UN MATRIMONIO

Poco más de diez y siete años contaba el hijo del César D. Felipe de Austria, que andando los días habría de ser monarca de las Españas, cuando el 12 de Noviembre de 1545 matrimonió con su prima, la princesa Doña María, hija del rey de Portugal, D. Juan III, y de la infanta española Doña Catalina.

Parece que este matrimonio fué muy del agrado y gusto de entrabmos contrayentes, pues que la novia era por demás bizarra y de mucho donaire, y contaba la misma edad del príncipe de Asturias, quien á su vez reunía todas aquellas buenas prendas físicas que son menester á la juventud para triunfar gallardamente en los campos deleitosos de Cupido.

Mas no quiso el destino que esta felicidad fuese duradera y mandó á las Parcas que cortasen el hilo de tanta ventura, segando la vida de la princesa el 12 de Julio de 1545, al octavo día de haber dado aquel infeliz fruto que se llamó D. Carlos, acerca de cuya vida hanse hilvanado tan desacordes y lastimosos capítulos.

Enredor de la Historia brujulean siempre, como comadres cotillas, la leyenda y la maledicencia, que urden y componen á gusto de la plebe infinitad de embustes y patrañas que, al cabo de los siglos, quedan como artículos de fe.

Así sobre la memoria deste desdichado príncipe (que de lograrse hubiera sido azote de España y oprobio de su estirpe) forjáronse infinitad de disparates que hacían de él un mártir á la manera de San Hermenegildo, y tengo para mí que el borrón más grande que pudo haber caído sobre Felipe II (con ser harts los que tiene sobre sí), es el haber sido padre de semejante individuo.

Enfermizo y pobre de espíritu desde su menor edad, fué criado S. A. con aquel cuidado y abandono de educación que se tiene con todo ser que se cree que ha de vivir poco, y fué consentido y voluntario, sin afectos íntimos, pues carecía del amor de madre, y enteramente libre de la autoridad paterna, que harto tenía D. Felipe con el gobierno de sus Estados y la distribución periódica de sus vicios y sus virtudes.

Grande fué el sentimiento que produjo en el amoriado corazón del rey la muerte de su esposa, tanto, que por más de nueve años guardó memoria intensa de Doña María. Pero la vida le reclamó de nuevo, y subyugado por la graciosa belleza de su cuñada, que era un vivo retrato de la querida muerta, pensó en matrimoniar nuevamente; pero acontece que en los gustos de los príncipes proponen ellos y dispone la conveniencia de Estado, y aquí fué de suerte que torció por completo la decisión de Su Alteza.

Siempre D. Felipe fué esclavo de la política, y en aras de ella sacrificó hartas veces sus sentimientos más caros.

Recayó por el entonces la corona de Inglaterra en María Tudor, hija de Enrique VIII y de la infanta de España Doña Catalina.

El emperador vió, como dicen, el cielo abierto, pensando en que podía muy bien unir á su corona la monarquía inglesa, y propuso á su hijo el enlace con S. M. británica.

Supo D. Felipe acallar los impulsos de su corazón enamorado y aceptó como un penoso sacrificio la arrugada mano de Doña María.

Ninguna otra cosa que la razón de Estado podía torcer las inclinaciones del joven príncipe, pues que la elegida no estaba

que á las veces hacia de ella una verdadera iluminada.

Por lo demás, los mismos diplomáticos ahorraban su trato cuanto les era posible dentro del ritual cortesano.

En fin, que subió al tálamo con figura, hechos y carácter de suegra, siendo esposa completamente primeriza.

En las capitulaciones matrimoniales pusieron como precisas condiciones que la reina, no siendo por deseo propio, no habría de salir jamás de su patria; en ella criariánse sus hijos (si fuese posible reverdecer el milagro de Santa Ana); el primogénito no sería rey de España, sino de Inglaterra, y el rey consorte no tendría á su servicio más que un limitadísimo número de españoles.

Harto disgustaron á D. Felipe tan humillantes capítulos; pero puesto en el terreno de la obediencia, aceptó el sacrificio, porque así convenía á la política del César.

Y el año de 1554, á 25 de Julio, que es cuando España conmemora la fiesta de su santo patrono, celebrábase en el palacio de Winchester, con toda solemnidad, el desdichado matrimonio de Don Felipe de España y Doña María de Inglaterra.

Los títulos que reunieron entrabmos hicieron aparecer á la faz de Europa como los soberanos más poderosos.

No hay sino fijarse en el acta de proclamación, que va encabezada desta suerte:

«Felipe y María, rey y reina de Inglaterra, de Francia, de Nápoles, de Jerusalén, de Irlanda; príncipes de las Españas, de Sicilia; archiduques de Austria; duques de Milán, de Borgoña y de Brabante; condes de Hapsbourg, de Flandes y del Tirol; defensores de la Fe.»

Mas presto dió sus naturales consecuencias el desdichado enlace. No había cariño, que es la salsa de todo matrimonio, y, por ende, toda aquella serie de títulos y honores no era más de una cadena, imposible de quebrar, que hacía insopportable la vida.

Don Felipe soportaba mal aquella tarasca coronada, sin gracia ninguna, toda llena de granos infectos, con ojos de gallo, nariz ciranesca y voz de chantre. Diz que, como si esto fuera poco, padecía una dolencia cardíaca que haciale quedar como muerta durante muchas horas.

Afortunadamente, resultó infecunda, y no falta historiador suspicaz y un tanto ladino, que dice que acaso no fué por naturaleza de ella, sino por voluntad del rey...

Un verdadero suplicio fué para éste la estancia en Inglaterra durante catorce meses; así es que cuando en Septiembre de 1555 le llamó su padre desde Bruselas, sintió aquella dulce alegría que es propia en todo cautivo que, al cabo de mil pesadumbres, ve su libertad recobrada.

Vino luego á España, en cuya ciudad de Valladolid, y en virtud de la abdicación de D. Carlos, tomó el cetro á 28 días del mes de Mayo de 1556.

Quedó, pues, como reina nuestra Doña María; pero ni pisó tierra española, ni intervino en los negocios públicos.

Dos años después, el 17 de Noviembre, fenecía de puro rancho y mal acondicionada, sin dejar la más leve huella de sentimiento, y menos que en alguien, en el corazón de su marido, quien no tenfa lugar para ello, ocupado en sus empresas políticas, y deleitósamente entretenido, cuando éstas le dejaban libre, con la bellísima Doña Eufrosina de Guzmán, azafata de la princesa Doña Juana...

DIEGO SAN JOSÉ



DOÑA MARÍA DE PORTUGAL

adornada por alguno de los encantos que son precisos en la mujer para compartir con ella la vida.

Su graciosa Majestad era una de las mujeres más feas de su tiempo, había cumplido ya los cuarenta años y disfrutaba de un carácter ridículo e inaguantable.

Entiendo que, merced á estas cualidades, no pudieron cebarse en ella la difamación y la maledicencia, pues era un perfecto antídoto contra las pasiones.

Un solo punto había por donde pudiera parecer bien al pretendiente: su ascendente piedad,



MARÍA TUDOR

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA VUELTA DE LA PESCA, cuadro de Ricardo Verdugo Landi

DESDE PARÍS

LA PAZ DEL PAPA



(AMARA-FOTO)

La plaza de San Pedro y el Palacio del Vaticano

ALLÁ por los primeros días de la guerra, cuando los ejércitos alemanes invadieron el territorio belga, Su Santidad el Papa Pío X quiso salir de Roma y presentarse en los campos de batalla de Bélgica, para detener, con su autoridad y su persona, la marcha del invasor...

Este sublime gesto de Pío X hubiera, tal vez, evitado la continuación de la guerra, porque todo el prestigio de los emperadores y toda la ambición de los jefes militares de Europa Central se hubieran estrellado contra las conviccio-

nes religiosas de los Estados de la Alemania del Sur, católica, y de las provincias austriacas, católicas también...

Pero alguien dice que los cardenales, ante los cuales acaso se pintaría el espejismo de una posible reconstitución de los Estados de la Iglesia, se opusieron á que el Papa hiciera su santa voluntad, y Pío X murió, prisionero en el Vaticano. A esta inesperada y prematura muerte del Pontífice no sería, pues, ajeno el dolor de no haber podido él, ministro supremo de Jesús en la tierra, hacer lo que, redivivo, hubiera hecho en semejante circunstancia Cristo...

Luego, al desaparecer el sublime anciano á quien Dios inspiraba, el Sacro Colegio designó á un Pontífice de iniciativas menos personales... Benedicto XV se limitó á cooperar, con todas sus fuerzas y con todo su amor, á la obra humanitaria y admirable llevada á cabo por Don Alfonso XIII.

No juzgó su Santidad que el representante de Dios entre nosotros pudiera ni debiera hacer más; y se abstuvo de fallar acerca de lo justo y de lo injusto en la contienda actual...

Designar cuáles son los agresores y cuáles los agredidos; bendecir á las víctimas y condenar á los verdugos; erigirse, en suma, en el más alto juez de los hombres y de los hechos, de cielo abajo, fué misión de la que Benedicto XV no se estimó capaz...

Durante la tragedia más grande que registra la Historia; durante la más espantosa carnicería que presenció el mundo; en los días en que la barbarie y la crueldad humana llegaron al paroxismo de todas las demencias; cuando fallaron todas las doctrinas y resultaron mentidas todas las esperanzas, hubiera sido consolador y dulce volver los ojos hacia Roma, y ver lucir en ella, durante la tormenta, el claro y pristino resplandor de un faro de salvación... Y hubiera sido consolador y dulce escuchar de nuevo, alta sobre toda altura y solemne de toda solemnidad, aquella palabra del Nazareno: ¡la que habló del bien y del mal sin temor al suplicio de la Cruz!...

son inmensas y heroicas, y en las que todas las virtudes han menester, también, de inmensidad y de heroísmo... La Cruz de Cristo es símbolo de redención, y para abarcar tal símbolo no basta esa otra cruz, única que hemos visto alzarse sobre los campos de batalla: la Cruz Roja de Ginebra...

¿Cómo esperar, pues, que la voz de Su Santidad Benedicto XV, al dirigirse hoy á todos los beligerantes, exhortándolos á la paz, pueda te-



(AMARA-FOTO)

SU SANTIDAD EL PAPA PIÓ X



(AMARA-FOTO)

SU SANTIDAD EL PAPA BENEDICTO XV

ner la fuerza que fuera necesaria para que dichos beligerantes, ó al menos algunos de ellos, escuchasen esa voz con un sentimiento mayor y mejor que ese de frío respeto mostrado por las cancillerías y los gabinetes de la «Entente», ante la Nota pontificia?

Menos respetuosa que la diplomacia, la Prensa de los aliados califica de «maniobra alemana» esta iniciativa del Vaticano... ¿Maniobra alemana?... ¡No!... En la prudencia de forma y en la complejidad de puntos de vista que presiden á todas las manifestaciones de la Santa Sede, no cabe esa temeraria y simplista resolución de proponer al mundo la «paz alemana»...

«Ni anexiones ni indemnizaciones»... propone Benedicto XV, porque cree que es el único medio de obtener una paz «dura-dora y honrosa para todos»...

«Reparación para Francia, Bélgica y Serbia»... añade el Papa, porque estima que estos son los únicos pueblos mártires; los que fueron á la guerra obligados por la fatalidad, y los que sufrieron todos los daños, en provecho ajeno...

«Libertad de los mares»... pide Su Santidad, porque estima que la paz del mundo sería imposible, ó nefasta, si el poderío naval de un pueblo fuera dogal perpetuo puesto al cuello de los demás...

«Restitución de las colonias alemanas», para que el pueblo más activo y prolífico de Europa no muera de asfixia, encerrado en sus fronteras... «Reconstitución del reino de Polonia», en tardía reparación de la gran ignominia pasada y consentida... Y, en fin, «resolución de los problemas de Alsacia, de Trento y de Trieste, por vía de referéndum», para evitar otros dos años de matanzas y de horrores, antes de que esos problemas puedan ser zanjados por las armas...

Pero á esto responde Francia negándose á que la suerte de Alsacia dependa de un plebiscito celebrado en condiciones ilegales, durante la ausencia de los más fieles alsacianos y bajo la presión del gobierno de Prusia...

Con menos franqueza que Francia—porque su causa es menos justa—, Inglaterra opone un



Gabinete de trabajo de los Pontífices en el Vaticano

rotundo «veto» á las condiciones pontificias, porque la fórmula «libertad de los mares» no es compatible con la ambición británica, y si esa fórmula se admitiera, resultaría estéril para los intereses vitales de la Gran Bretaña su formidable esfuerzo durante esta guerra...

Y los Estados Unidos, banqueros de este juego trágico, no tienen tampoco grandes ganas de ver saltar la banca, con el renunciamiento de los aliados á toda indemnización...

Bien claro lo da á entender la Nota con que Wilson responde á la pontificia:

«Si todo corazón ensangrentado por esta terrible guerra debe convocarse por el llamamiento del Papa, sería, no obstante, una locura seguir el camino de la paz que Su Santidad indica, puesto que no conduce al fin que persigue.

Tratar con el actual Gobierno alemán sería consentir á sus gobernantes lograr sus deseos, y, como aún no están vencidos, permitirles recobrar sus fuerzas en el continente que inundaron de sangre inocente.

Una paz permanente debe estar basada en la confianza de todas las naciones.

Es imposible aceptar la palabra de los gobernantes alemanes actuales como garantía duradera.»

No será, pues, un hecho la «paz del Papa»... Y su fracaso no dependerá tan sólo de sus condiciones, inaceptables para los aliados, ya que á tiempo se estaría de modificarlas; su fracaso estriba en que la Nota pontificia es una comunicación diplomática, destinada á los gabinetes y á los gobiernos, en lugar de ser, como debiera, una encíclica dirigida á los pueblos; su ineficacia estriba en que las palabras pronunciadas son reflejo de prudencia y de ponderación, en vez de expresar, como debieran, el mandato imperativo de la voluntad de Dios...

No fué así como Cristo arrojó á los mercaderes del Templo; y ¿qué es hoy el mundo sino un inmenso Templo de Dolor, hollado y profanado por los mercaderes?...

ANTONIO G. DE LINARES



JORGE V DE INGLATERRA



MR. POINCARÉ
Presidente de la República Francesa



VÍCTOR MANUEL III
Rey de Italia
Los que rechazan la paz del Papa



S. EXC. WOODROW WILSON
Presidente de los Estados Unidos



ELOGIO DE UNA HIJA DEL DANUBIO

Hela, rosa fragante,
mujer toda perfumada, dorada y exquisita,
gentil como la blanca Princesa del Brabante,
con el cabello rubio igual que Margarita.

Como un jirón del cielo son tus azules ojos,
tu pelo es como el oro del vino de Champaña
y á tus radiantes labios, sensuales y rojos,
envidian los claveles de los huertos de España.

Naciste en las riberas del Danubio lejano,
el río donde suenan idílicos cantares,
y un hado misterioso te trajo de la mano
á las mansas orillas del galán Manzanares.

A esta tierra florida
que es solar legendario de hidalgos y de moros,
donde vió entre chisperos á la Maja vestida,
una tarde de Mayo, Francisco el de los toros.

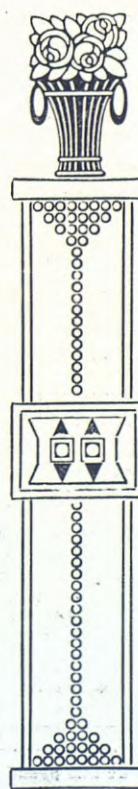
Yo te he visto en la fronda, por los blancos caminos
orillados de bojes, de mirto y rosales,
cuando acaso volaban tus sueños peregrinos
hechos versos y flores, rosas y madrigales.

En el hondo misterio de la tarde gemía
tu risa de cristal,
y era tu voz á un tiempo perfume y melodía,
igual que si vagase por la callada umbría
la dorada y fragante Princesa de Imberal.

No eras cuando soñabas en la verde ribera
donde un día triunfaron manolas y toreros,
una rosa chispera
que adorna los floridos jardines verbeneros.

Eras como una musa pensativa y galana
que sigue á Don Quijote y admira á Dulcinea
y sabe que en la adusta llanura castellana
aún sueña Nemoroso y aún canta Galatea.

En las dulces miradas de tus ojos azules
y en las vagas miradas de tus ojos risueños,



adivino tus ansias... Los ingravidos tulles
y los blancos encajes en que envuelves tus sueños.

Sé que tienes afanes de mujer y de artista,
que palpita en tu alma un ensueño de amor
y que ves la belleza en el bloque, en la arista,
en el tallo, en la palma, en el verso, en la flor...

Y sé por qué regiones vaga tu pensamiento,
que es tu anhelo más alto el laurel de la gloria
y que escuchar deseas el dulce juramento
con que empieza sus páginas una amorosa historia.

¡Oh, musa! Quién pudiera ceñirte á la cabeza
los gloriosos laureles de una gentil corona,
y rezar á tu lado la lírica tristeza
de una oración sagrada de Amor y de Belleza,
bajo el arco de piedra del balcón de Verona.

En tus sueños te finges un río legendario
de espumas plateadas,
donde un viejo castillo ruinoso y solitario
refleja con orgullo sus torres almenadas.

Y en los azules velos de las inciertas brumas
que el sol va desgarrando con su vivo fulgor,
ves un galán que llega sobre blancas espumas,
caballero en un cisne de aurisoladas plumas,
para ofrecerte un beso, su espada y una flor.

Ese río que miras como cinta de plata
que se pierde á lo lejos, rumoroso, es el Rhin;
y el galán que se acerca, vestido de escarlata,
mensajero de amores y de trovas, Lohengrín.

Pero en vano le esperas... Al fin de la jornada,
cuando irradie en su casco la luz de nuestro sol,
Don Juan ha de cerrarle el paso con su espada,
disputándole, bravo, la risa y la mirada
de una hija del Danubio en el suelo español.

ANDALUCIA SE TRANSFORMA

LA ADORACIÓN Á CÓRDOBA

RECORRISTEIS alguna vez, mediada la noche, las calles de Córdoba? ¿Esperasteis su amanecer y su despertar parlido y bullicioso, viéndola empalidecida por la luna?

Si no habéis gozado esta contemplación, decid que no conocéis á Córdoba.

Está allí, presa en sus cancelas y en sus rejas, el alma toda de Andalucía. Por encima de una torpe delimitación administrativa, Andalucía tiene sus fronteras allí donde termina la semejanza á Córdoba. No hay otra ejecutoria de andalucismo. Etnicamente, es difícil, si no imposible, decir dónde comienza y dónde termina la zona de esta depurada raza que fundió la Providencia con todas las aleaciones mediterráneas. Históricamente, borradas las fronteras moras, se dió Andalucía con tan fervorosa generosidad á Castilla, iluminándola con su espiritualidad, alentándola con sus energías, cediéndola sus guerreros y sus artistas, que no puede trazarse una divisoria en esta acción común. Era preciso todo el genio de Andalucía para poder alzar hasta el cielo, en reto de titanes, la pesadumbre gris, tristona y providencialista de la meseta castellana.

Así, yo amo á Córdoba, alma de mi raza, con adoración ferviente, con tal religiosidad, como si toda ella fuese un solo ídolo que se hubiera apoderado de mi fe. Cada año voy dos ó tres veces á rendirle el culto de recorrer sus calles en la soledad y en la obscuridad de la noche; de esperar el alba para entrar en la Mezquita y embriagar los ojos en el bosquejo de sus columnas, esfumadas aún en penumbra; de ver á la ciudad iluminarse por el sol y alegrarse riente, ofreciendo al viandante la floresta perfumada de sus patios y la música regocijada del charloleo sin fin y sin tino, como de pájaros, de las hacentosas muchachitas morenas, que con su cestillo de palma van á la compra, que barren y alhofian los zaguanes ó que, tempraneras, con sus flores recién cortadas entre los rizos, pelan la pava con el novio, que va de paso hacia el taller ó hacia el tajo.

Romero de Torres tiene razón. Bajo estas ráfagas de luz, de color y de regocijo, Córdoba está poseída de melancolía. No tiene en

tal calidad este supremo atildamiento del espíritu ninguna otra ciudad andaluza. Y esta melancolía será, en el andar de los tiempos, el refugio donde la raza salvará su carácter y su temperamento por cima de todas las yuxtaposiciones que la realidad histórica pueda ir imponiendo.

Sojuzgada como está Andalucía por el centro, sometida al vasallaje de un caciquismo de tribu que tiene á la merced de sus antojos viles la ley y la fuerza, abandonada á la incultura, no pueden probar estos hermanos míos la otra calidad de sus espíritus: la de su individualismo. Cada andaluz cree poder bastarse á sí mismo. Necesitar el esfuerzo ajeno es mendigarlo, y nuestra recia altivez nos impide tender la mano si no es para ofrecer la dádiva que podemos; así, el rumbo y la majeza que alguien califica vicios en el bajo pueblo, tienen la fuerza irresistible e incurable de su origen étnico y su raigambre secular en el alma de las muchedumbres. Las obras cooperativas, las sociedades anónimas, las fórmulas todas de utilización de esfuerzos aunados que constituyen la esencia de la Economía moderna, alcanzan escasa estimación en Andalucía. No se concibe la cuadrilla más que para lancear toros ó administrar ayuntamientos.

Nace de esto la necesidad de una legislación especial que no tenemos. Las demás regiones, cuando se constituyó la nacionalidad, no prestaban servicio á los reyes, que no cobraran en una excepción ó privilegio. Andalucía se daba siempre gratis. Por esto no hemos llegado á tener legislación foral. Por esto no parecemos una región con alma propia, sino una sierva menguada de Castilla.

Asiste ahora España, acaso sin darse cuenta, á la transformación del Miedodia. Sus ciudades moriscas se despojan gustosamente de sus características vestiduras y se convierten en urbes nuevas, de amplias calles y edificios modernos. En derredor de Málaga, de Granada, de Sevilla y de Córdoba misma, van alzando las fábricas sus chimeneas. Un espíritu de trabajo afanoso e intenso se va espaciendo por los campos y las villas. A pesar del sol, que adormece los ojos y entumece los músculos, Andalucía



Casa-palacio del marqués de la Fuensanta



Patio de una posada antigua



Una calle típica de Córdoba



Torre árabe en una vieja calle

quiere resurgir y multiplicar sus riquezas. Se ha hecho minera, y en sus cuencas hay tan febril actividad como en las de Langreo ó Ujo; ha emprendido obras de irrigación que transformarán sus campos; hay una renovación de estudio y de producción artística. Andalucía no quiere quedar dormida, rezagada.

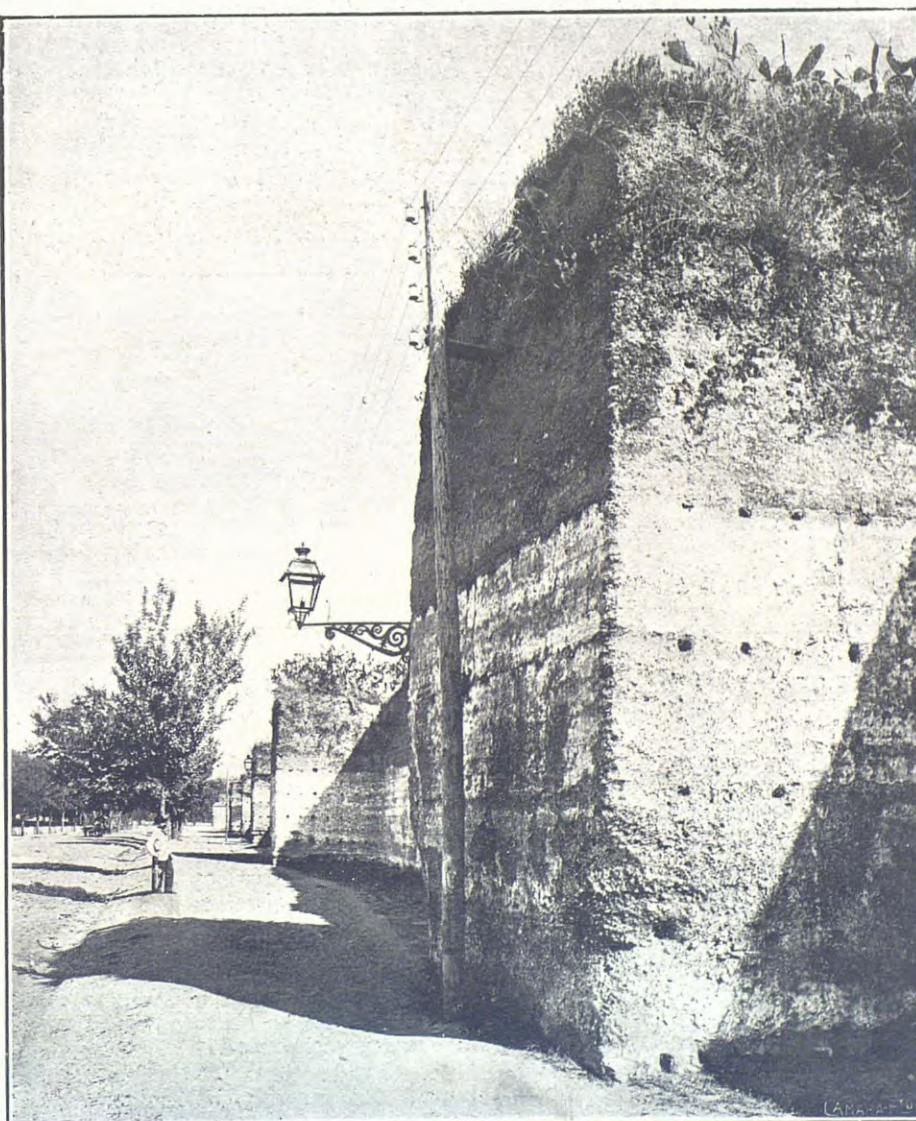
Su genio la hará adelantar el tiempo que ha perdido, ya que sobre ninguna otra región gravitó con tanta pesadumbre la política castradora de la Restauración.

Quisiéramos una Andalucía nueva; pero al forjarla tememos sus buenos amadores, que su espíritu genial se nos quede entre las manos. Porque está precisamente en las callejas estrechas y tortuosas donde el sol no logra meter la ira de sus rayos, y en estas casitas enjalbegadas llenas de misterioso recogimiento, y en esta desigualdad artística, el alma de nuestro pueblo.

Las amplias avenidas, las casonas de muchos pisos, las calles encintadas y asfaltadas, las tienen todas las ciudades que quieren tenerlas.

Basta para ello que el anhelo de novedades, mal encaminada casi siempre, ponga un poco de contagio entre los concejales, los propietarios y el maestro de obras de un lugar ó de una villa y aun de una capital vetusta.

Hasta en el Zocodover de Toledo, que debiera ser lugar sagrado, la fantasía de un arquitecto ha hecho unas

Antiguas murallas árabes
POTS. GARZÓN

pintorescas tartas de cemento y hierro. Calles amplias y rectilíneas las hay ya en algunas aldeas, y día llegará en que los pueblos se parezcan unos á otros, como si los hicieran por docenas.

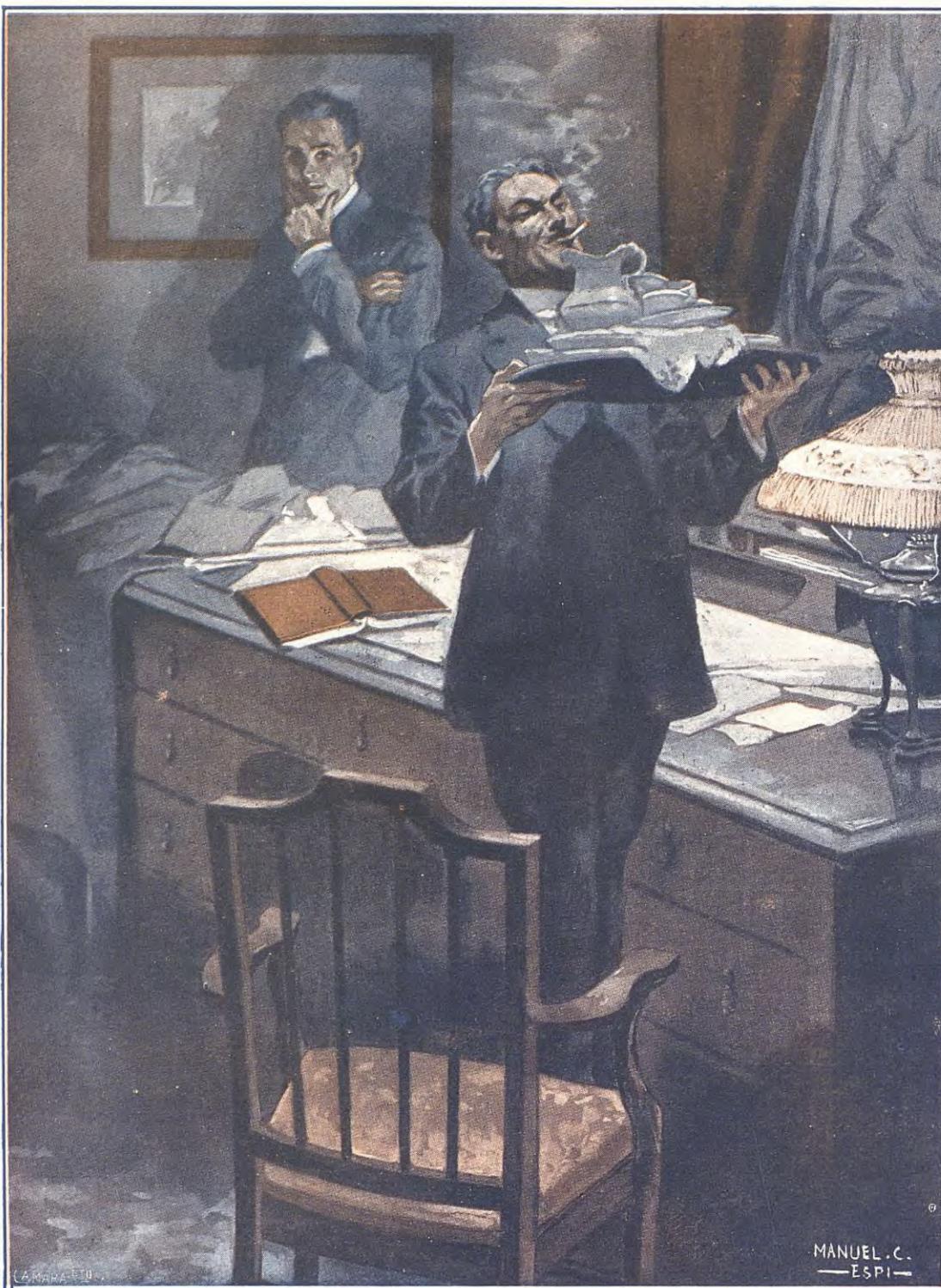
Lo que no puede tener, más que quien goza una herencia preclara, es lo que han dejado de espíritu las pasadas generaciones en los viejos edificios. La Historia va creando el alma de las cosas; las va iluminando con el resplandor de los genios que las construyeron, de los héroes que supieron conquistarlas, y aun de los bárbaros—frecuente caso en España—, que en exaltaciones de fe ó de dominio, las mancillaron ó destruyeron.

Así las derruidas piedras hablan más á nuestro espíritu que muchos relatos de la tradición y muchas páginas de la Historia.

Por eso yo amo á Córdoba sobre todas las cosas de Andalucía: porque está aún en su traza mozárabe y en su construcción típica la gentileza de Abderramán y el sutil y avisado espíritu indagador de Averroes; porque en la melancolía que se esconde en los patios floridos y en los ojos negros de las muchachitas hacendosas que van á la compra mañaneras con su cestillo de palma, que aljofian los zaguanes ó enjabélgan los muros, está el santuario donde ha de salvarse de estas forzosas transformaciones el espíritu de la raza.

DIONISIO PÉREZ

DEMASIADO TARDE...



PERSONAJES : Un escritor, una mujer, un criado. La acción, en cualquiera ciudad moderna, dolorosa y viciosa.

La escena representa el gabinete de trabajo de un escritor. Atiborrada de libros, de estatuas, de cuadros y de objetos de arte, en un desorden caprichoso y anacrónico, es como el cerebro de su propietario y parece pensar. Es una habitación palpitante de evocaciones y de sugerencias; está muy alta, más en comunión con el cielo de los ensueños que con la tierra de las realidades, y tiene un balcón cuyas vidrieras platea la luna y dora el sol matinal. En la puerta, un criado picaresco y discreto, alarga, en la plateada bandeja, unas cartas á su señor. Este vadeó ya el medio siglo; los ojos sueñan bajo el arco perfecto de las cejas: tiene la nariz móvil de los sensuales; el mentón corto, cuadrado y saliente de los voluntariosos, y en los labios le han dejado un pliegue las amarguras de su vida vivida.

Cincuenta inviernos blanquearon sus cabellos, pero no hay un solo surco en su tez, y sufrimientos y pasiones no encanijaron el cuerpo erguido y robusto de hombre nacido para el amor, de Don Juan sentimental, seductor y crepuscular.

EL CRIADO.—Son cuatro cartas, señorito; llegaron hoy.

EL ESCRITOR.—Bueno; llévatelas.

EL CRIADO.—Pero, señorito...

EL ESCRITOR.—Que te lleves todas las cartas, las del cesto también, todas al fuego.

EL CRIADO.—Sin abrirlas, señorito, sin leerlas? ¿Y si me diera á mí la tentación de enterarme? Perdone el señorito...

EL ESCRITOR.—Si no me importa. Con tal de que no me cuenten lo que digan... No lo quierd saber y lo adivino. Recomendaciones oficiosas, aplausos aduladores, algún amorcillo poco interesante... molestias, anónimos, envíos... la carta que esperé tanto tiempo ya no ha de llegar. *Pas de nouvelles, bonnes nouvelles*, que dicen los franceses. La curiosidad es mala, que la curiosidad es hembra; no leo, no quiero leerlas; pronto, al fuego todas. ¿Preparaste el café?

EL CRIADO.—Ahí está, señorito; debe de estar ya frío.

EL ESCRITOR.—Mejor, así tiene más aroma. Que no entre nadie.

EL CRIADO.—¿A esta hora, señorito? ¡Son las

cuatro de la mañana!

EL ESCRITOR.—Por si acaso... Bueno, déjame solo; voy á trabajar.

El criado desaparece. El escritor abre el balcón y se asoma. La brisa nocturna hace vibrar el arniño de su testa.

EL ESCRITOR.—¡Luna de los poetas y de los navegantes; luna del quimérico Alonso Quijano y del irresoluto príncipe danés; luna de los neuróticos y de los enamorados, buenas noches! ¡Buenas noches, musa de Bannielle, querida de Pierrot, celestina de Leopoldo Lugones, buenas noches! Ahórrese su malicia tu gran ojo con párpados de nube, y por tu alba caricia vuélvanse blancos como un mármol artístico los negros pensamientos de mi tristeza. (*Cierra el balcón.*) ¡A trabajar! (*Del cajón del escritorio extrae un manuscrito que hojean y acarician sus manos de enamorado.*) ¡Aquí están mi vida y mi amor hechos carne!... ¿Te acabaré hoy? (*Pasea por la habitación. En el techo, en los rincones, en la blanda sinuosidad de los tapices, en los cuadros que la pátina suaviza, sus ojos ansiosos buscan una idea.*) ¡Luisa, mi Luisa! ¡Qué fragancia tiene su nombre entre todos los nombres de todas mis mujeres!... ¿Será una fórmula definitiva de arte esta tristeza que se torna belleza?... El fondo del asunto es un recuerdo, y su desarrollo teatral una mentira; pero nutro la esperanza del triunfo. Ya tiene la obra las tres cosas más dulces de la vida: la esperanza, la mentira y el recuerdo. La esperanza, que

nos hace soñar con un amor; la mentira de una mujer que dice, «te amo», y el recuerdo que nos hace revivir un amor muerto. (*Hay una pausa grave, llena de meditaciones.*) ¡No puedo! Leeré algo de lo hecho; me inspirará, tomaré el hilo del asunto, que se escapa. Aquí, á la escena duodécima, aquí... (*Se pone á leer en voz alta su propia obra, con una entonación indefinible y una complacencia rara, mezcla de serenidad crítica y de narcisismo de autor:*)

«LUISA.—Todo ha terminado, ¿lo entiendes?, todo.

FÉLIX.—Pero... ¿Por qué?

LUISA.—Porque sí. No llores así, no llores. Es en vano, ¿lo entiendes?, es en vano...

FÉLIX.—Luisa...

LUISA.—¿Qué...?

FÉLIX.—Luisa, mi Luisa...

LUISA.—¿Qué, quéquieres?

FÉLIX.—Ven, ven aquí, á mi lado...

LUISA.—Desde aquí te oigo bien; habla.

FÉLIX.—¡Es que te quiero, te quiero tanto! ¡Es que no sé, no puedo vivir sin ti! ¡Mi muero!

LUISA.—Farsa, comedia, no te mueres; nadie se muere de amor. Vivirás, olvidarás; aún has de volver á enamorarte..»

(Se interrumpe de pronto.) Parece incorrecta y prosaica de frase; pero ¡qué realidad tiene esta escena! ¡Llegará al público? ¡Así, así hablaba ella, Luisa, mi Luisa! ¡Y más, mucho más fría, mucho más cruel! ¡Oh, qué horror, vuelvo á sufrir como entonces, lo recuerdo todo, todo!... (*Su rostro se contrae; sus ojos se abren, mirando al espacio, donde sólo hay las sombras fantásticas del pasado. Todo el dolor de su vida cruza por su cuerpo y lo sacude un instante.*) ¡La traición, aquella traición sentida y no vista; aquellas dos sombras juntas, muy juntas, en la estancia oscura! ¡Y el dolor que me paralizó, que me heló la sangre, que me anuló! ¡Dios mío, Dios mío! Despues, mi frustrado suicidio. ¡La detonación, que resonó tremenda en las paredes de cal y en los ladrillos del piso... y la sangre, que me cegaba un ojo y resbalaba hasta mi boca, tibia, acre... ¡Dios mío, Dios mío! Yo quise detener el ritmo de mi vida y apoyé en la sien el cañón de mi revólver; pero se desvió la bala. Fué que todas las ideas de mi cerebro, todas las ideas ansiosas de vida formaron legión para oponerse á la muerte. ¡Y vivo muriendo! ¡Luisa, mi Luisa! Yo la hubiera perdonado; pero no volvió no vuelve, no volverá nunca! ¡Nunca! (*Tras la autoconfesión, vergonzosa y*

cobarde, calla y pasea, grave y triste.) No, no. Este dolor es aún tan fuerte, está aún tan vivo, que no llega á convertirse en una sensación de belleza. No, no hay arte en mi historia; no encuentro el final; me ahogo; necesito aire... (*Corre al balcón y lo abre. Un rayo de sol mañanero entra en la habitación y triunfa sobre la luz artificial.*) ¡Oh, el sol ya; el sol inoportuno, delator, insolente, enemigo de la ensueña y del recuerdo!

Aparece el criado con otro servicio de café.

EL CRIADO.—Señorito, el desayuno. Son las nueve. Yo le hacía á usted en la cama.

EL ESCRITOR.—Trabajé toda la noche, José. Quiero dormir; no tomo nada. Llévate eso. No estoy para nadie, ¿entiendes?, para nadie. Quiero dormir...

Antes de irse, el criado tiene para su amo una inclinación profunda, entre ceremoniosa y compasiva.

EL ESCRITOR.—¡Luisa! ¿Por qué no has sentido tú también este frío en el alma, este frío de la ausencia que me consume? ¿Por qué no has vuelto, Luisa? (*Lentamente, tristemente, se va por la puerta de la alcoba.*)

A poco entra el criado discutiendo con una mujer de noble aspecto y compungida faz. Es una

belleza otoñal, majestuosa y sin color. Elegante el traje, pálido el rostro, prematuramente gris la cabellera. Es una visión dolorosa, una nostalgia, una añoranza, una melancolía.

LA MUJER.—Es que necesito verle, yo le escribí...

EL CRIADO.—El señorito no recibe cartas.

LA MUJER.—¡Pero si le escribí ayer mismo! Hoy debe de haberla recibido...

EL CRIADO.—No lee ninguna, es su costumbre. El señorito está durmiendo, vuelva usted.

LA MUJER.—Si es que no puedo volver; me marcho hoy, á las once... ¡Dígale usted que está aquí Luisa, ¿lo oye usted?, Luisa!

El criado fué soldado cuando mozo y sabe ser fiel á una consigna.

EL CRIADO.—Se lo diré; pero después, ahora no puedo despertarle; es la orden...

LA MUJER.—¡Dios no lo quiere! Está bien me voy; pero dígale usted que estuve. Luisa, no se olvide usted...

La pobre mujer se va, como la sombra de un callado dolor. El criado sacude el plumero sobre los muebles, silbando quedo una tonadilla doliente y popular. El escritor aparece de nuevo, envuelto en una bata. Su cara tiene las huellas angustiosas del insomnio.

EL ESCRITOR.—¡No puedo dormir! ¿Con quién hablabas, José?

EL CRIADO.—Una señora preguntaba por usted... yo...

EL ESCRITOR.—¡Una señora!

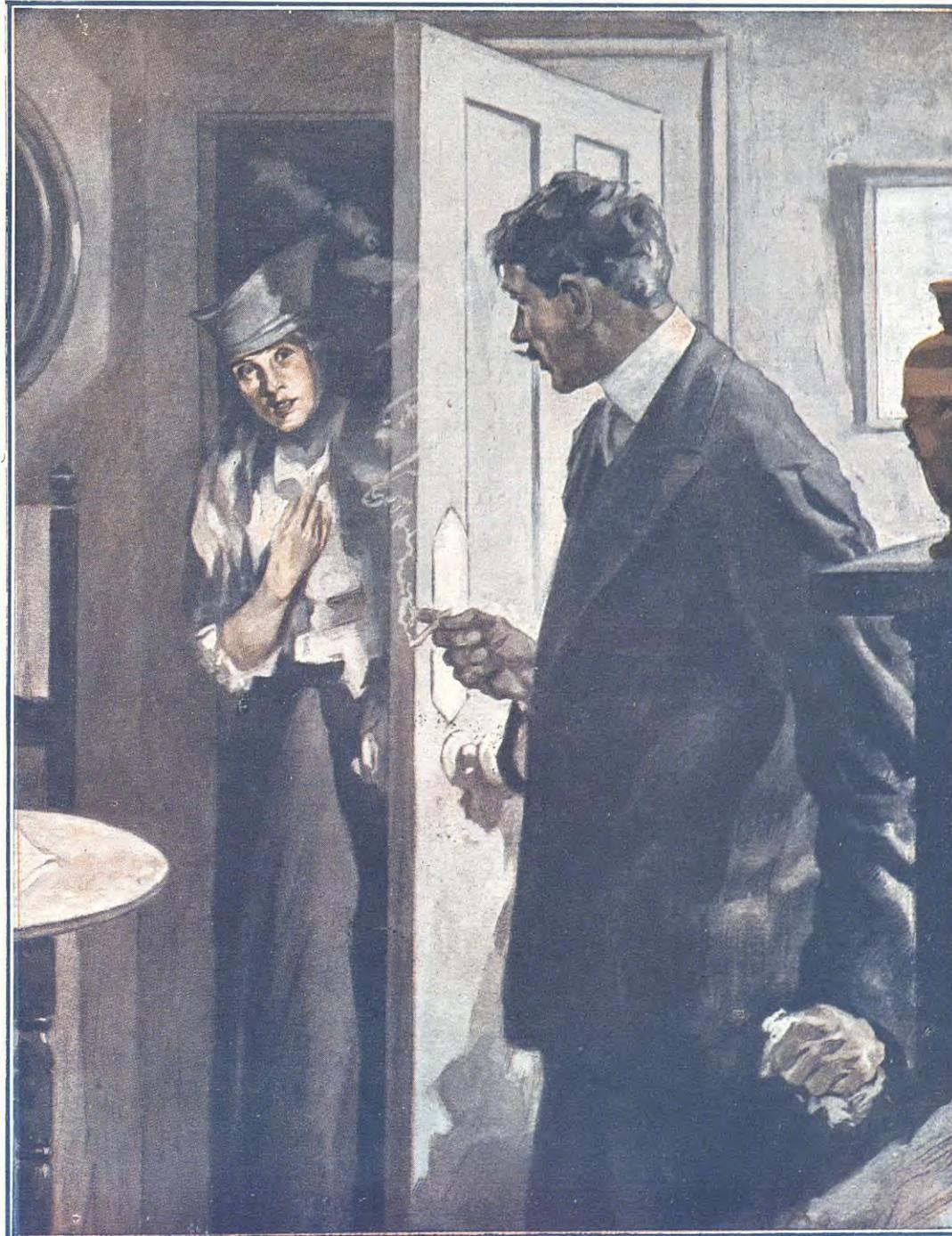
EL CRIADO.—Sí, con mucha insistencia... quería verle á usted á todo trance. Era una señora no joven; nunca la he visto aquí, señor. ¡Como el señorito no me advirtió!... Dijo que se llamaba Luisa. Lo dijo muchas veces, para que no lo olvidase...

EL ESCRITOR.—¡Luisa!... Era ella, ella... que ha sentido frío, ella que vuelve... Llámala, llámala, corre... (*Pero cuando el criado se dispone á cumplir la orden, su amo le detiene, con una brusca y angustiosa transición.*) No; déjala... No ha querido el destino... ¡Déjala!... ¡Es ya demasiado tarde para resucitar el amor, demasiado tarde!

Se deja caer en una butaca y... el telón se interpone, discreto, entre los espectadores y un hombre que llora lo que no ha de volver.

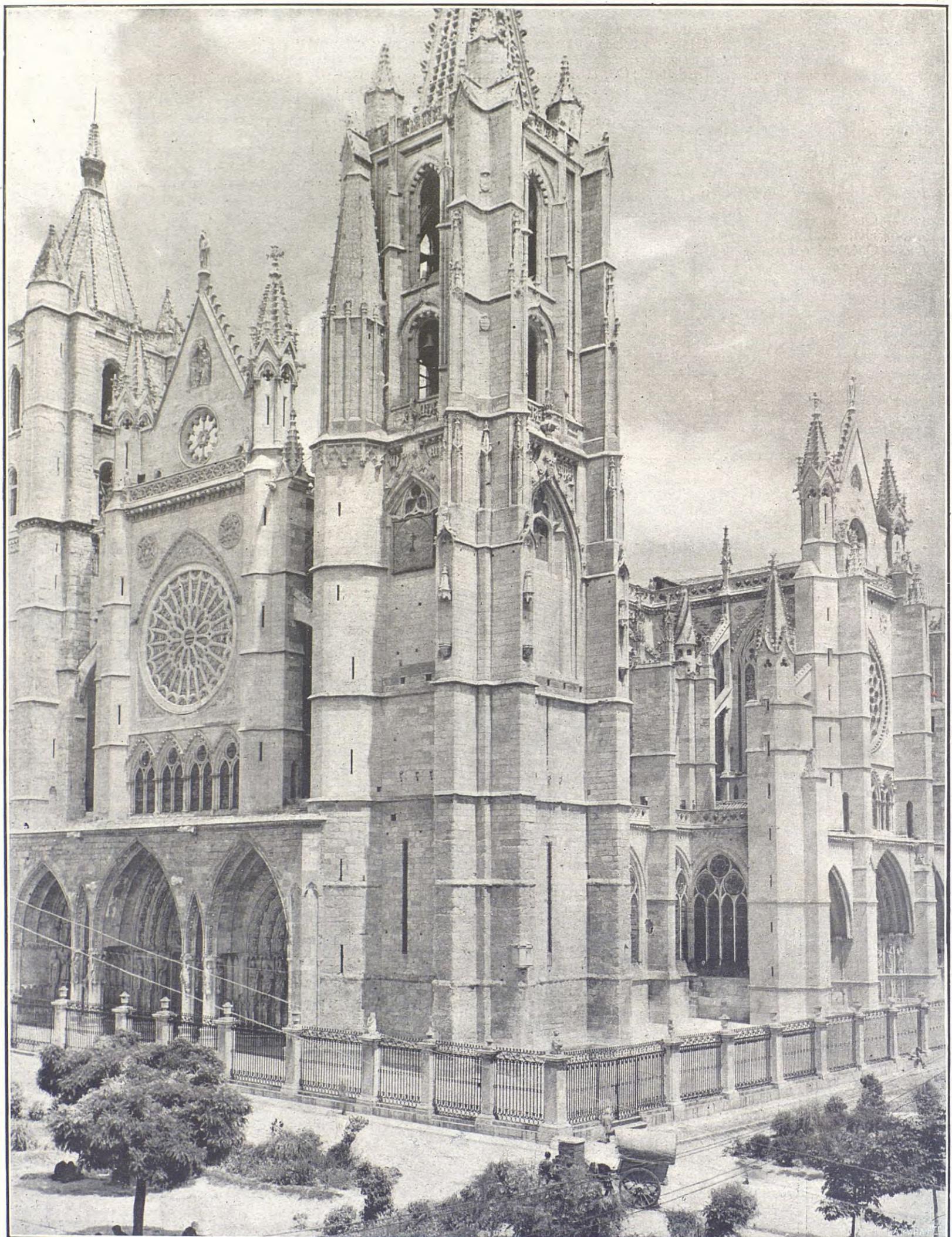
FELIPE SASSONE

DIBUJOS DE ESPÍ



LA ESFERA

ESPAÑA MONUMENTAL



LA CATEDRAL DE LEÓN

Uno de los más grandiosos monumentos de la Edad Media que se conservan en España

FOT. HIELSCHER

RECUERDOS HISTÓRICOS

NAPOLEÓN EN VITORIA

Los sucesos marchaban rápidamente. El año de 1808, que había de ser tan trágico y tan glorioso para España, daba cada día un gran acontecimiento. La epopeya del Corso iba a resolverse en la tierra del Cid, y la magna catástrofe del genio no podía producirse sin que el planeta temblara y el corazón del hombre se encogiera. Seguid el libro en que la crónica apuntó las efemérides, y veréis cómo en Abril llegaban á Bayona el rey Carlos IV y el príncipe de Asturias, Fernando, y Murat entraba en Madrid con sus tropas francesas. El 2 de Mayo ocurrió la famosa aventura del pueblo heroico. Poco después Carlos y Fernando renunciaban todos sus derechos á la Corona española, trasladándose á Bonaparte, y éste ponía el cetro de Isabel la Católica en las manos débiles de su hermano José. El 9 de Julio tomaba posesión del trono este monarca, á quien la Historia llama «el Intruso», y su clara inteligencia y el noble sentimiento de justicia que le caracterizaron, le hicieron escribir á su imperial hermano: «... De cualquier modo que se resuelvan los asuntos de España, su rey no puede hacer más que gemir, porque aquí todo hay que conquistarla á la fuerza... No me asusta la oposición, pero ésta es única en la Historia... No tengo un solo partidario... Se habla públicamente de mi asesinato... Todo lo que se hizo en Madrid el 2 de Mayo es odioso... Vuestra gloria se hundirá en España. Mi tumba señalará vuestra impotencia...» El 20 de Julio el mariscal Dupont era derrotado en Bailén, y José I, después de diez días de estancia en la capital, tenía que salir de ella asustado, y buscaba lugar más seguro para su persona y su autoridad en Burgos, en Miranda y en Vitoria. Esta ciudad le era grata. Alojóse en el palacio de Montehermoso, que hoy es el del obispo. Allí encontró el rey un amigo leal en el marqués de Montehermoso, conde de Treviana, D. Hortunio María de Aguirre, y una amable hospedadora en la marquesa, que era bellísima, elegante y discreta.

Las malas nuevas de España llegaron á Napoleón hallándose éste en Alejandría, capital del bajo Egipto, y en uno de los viajes más rápidos que él realizaba, salió de su accidental morada el día 18 de Octubre, y llegó á París el 24. Al día siguiente compareció ante el Cuerpo legislativo y dijo: «Parto para ponerme al frente de mi ejército, coronar, con la ayuda de Dios, en Madrid al rey de España, y plantar mis agujas sobre las fortalezas de Lisboa.» El 3 de Noviembre entraba en Bayona, el 4 atravesaba el Bidassoa y dormía en Tolosa, y el 5 aparecía en Vitoria,



NAPOLEÓN en 1808

siciones para prepararle suntuoso alojamiento. Ni olvidó los libros que el conquistador gustaba leer, y sobre una mesa de malaquita—lo refiere el coronel Ladvenal en sus Memorias—puso los *Comentarios de César* y el *Poema del Cid*. Pero el emperador rechazó tales atenciones. «Atravesó la ciudad de Vitoria—según apunta Serdán en uno de sus interesantes estudios alaveses—de Norte á Sur, instalándose en las afueras, junto al Prado, en una casa de campo, propiedad entonces del financiero Sr. Cuesta, y hoy de D. Eduardo Velasco», digno presidente en la actualidad del Real Ateneo de Vitoria, hombre cultísimo y respetable.

Allí, en aquella pobre residencia, pasó el emperador la noche del 5 de Noviembre de 1808. Y, como el mismo narrador citado refiere, «en esta casa celebraron Consejo los generales de Napoleón, presididos por éste, y es fama que de los acuerdos allí adoptados, y de las disposiciones tomadas por aquel genio de la guerra, fueron consecuencia las derrotas que los españoles experimentaron en Guipúzcoa, en Burgos, en Tudela, en la Coruña, en Lleida y en Zaragoza».

Víctor Hugo refiere en sus Memorias cómo su padre, general después, entonces coronel de los ejércitos imperiales, fué enviado por el rey José con una carta para el emperador, y le halló cerca de Salinas. Desdeñosísimo el Gran Capitán para con su hermano, reveló en su coloquio con el coronel Hugo ese sentimiento. Viajaba el emperador á caballo, acompañado de su fidelísimo general Bertrand, y se dirigió sin más espera á la casa de campo de que he hablado. Hallase á la derecha del poético Prado, uno de los más bellos paseos que hay en España, y se conserva como en aquella fecha memorable. Pocos saben que en aquel hogar humilde pasó una noche el emperador, y que allí se decidió la campaña dolorosísima en que los españoles probaron su energía y prodigaron su esfuerzo. Siempre que en mis temporadas de vida vitoriana paso por allí, me detengo, interrogando á los muros para que me revelen el secreto de aquella noche que, según Ladvenal, fué «de insomnio y de angustia para el Señor». Y ya que el silencio de la piedra sea rebelde á toda investigación, he querido que sea conocido el lugar en que Napoleón pensó nuestra destrucción y donde dijo: «País de frailes... Yo te dominaré».

El excelente fotógrafo Sr. Guinea, ya conocido del público de *Nuevo Mundo* y de *LA ESFERA*, me acompañó en esta grata expedición, y aquí hallará quien nos favorezca con su lectura, este documento histórico que por vez primera sale en la estampa. Ved la casa solitaria, rodeada de árboles, en el cruce de la carretera. No lejos están las nemorosas sombras del Prado, y á poca distancia el encantador recreo de «La Senda», una alameda mágica que nace en «La Florida», el jardín maravilloso que es honra de la noble capital de Álava.

No estaría de más, en una de las paredes del edificio, una placa de mármol, en la que constara que allí murió Napoleón y que entonces dió comienzo la gran empresa libertadora que España realizó contra el más formidable caudillo de los nuevos tiempos.

Recordar el pasado es obra saludable, y más que nunca ahora, cuando parece que la memoria se va borrando del espíritu nacional.

J. ORTEGA MUNILLA

Casa situada en las afueras de Vitoria, en la que Napoleón pernoctó el 5 de Noviembre de 1808
FOT. GUINEA

ESCENAS DE LA GUERRA EN EL FRENTE OCCIDENTAL



UN "CUERPO A CUERPO" EN EL ATAQUE DE HENDICOURT POR LAS TROPAS INGLESAS DURANTE EL RECENTE AVANCE BRITANICO

Dibujo de Matania

AMARANTO

PAISAJES SEGOVIANOS

EL SOLAR DE CASTILLA



Vista general de Segovia

Desde el alcázar

COMO la proa de un barco gigantesco, así la roca prócer donde acaba Segovia se alza en la confluencia del Eresma y del Clamores. Y dominando la vega y la llanura, el alcázar, lleno de majestad, ostenta su soberbia grandeza, erguido soberano sobre la tierra de oro de Castilla.

Dos calles venerables, la Canonjía Nueva y la Canonjía Vieja, conducen hasta él, desde la entraña de la ciudad, como dos sendas legendarias por donde cruza todo un pasado redivivo de gloria y maravilla. Hogaño han cambiado sus nombres por el de Daoiz y el de Velarde, respectivamente. Pero, aun siendo tan dignos de eterna memoria los nombres de aquellos héroes, parece que ni aun el de ellos, ni mucho menos ningún otro de notabilidad local, puede borrar el rótulo de las callejas venerandas que nos hablan de la patria medieva.

La torre de Don Juan Segundo preside el egregio edificio. Ante ella, que da frontera á la ciudad y muestra la gracia de su singular arquitectura, surge el recuerdo de otras fechas posteriores á la del rey que le dió nombre. Dos prisiones célebres tras de aquellos muros se representan ante nosotros. La de Quevedo y la de Riperdá. Las dolorosas cuitas del gran satírico, y la evasión del interesantísimo personaje del siglo XVIII, en la que el amor con sus cadenas suaves cortó las recias del hierro carcelero, asisten vivas á nuestra imaginación. Pero pronto se nos aparecen los días de esplendor de aquella casa insigne, que aun hoy tiene, como un panteón histórico, el destino de ser archivo de guerra, con lo que los testimonios de muchas glorias duermen en sus solemnes aposentos.

Las grandezas de la Corte medioeval reviven bajo los artesonados del bello palacio y severo castillo. La Corte de Alfonso el Sabio, con su sombra evocada en la legendaria sala del Cordón. La tragedia del príncipe niño caído de los brazos de la sierva desde el balcón hasta el abismo. Los días fastuosos de Don Juan Segundo, el rey poeta, que presidió en los salones del alcázar juegos de ingenio y liricas academias, y luego las justas y los pasos honrosos en la liza, delante de la roca de la Fuencisla.

Al fin, los ventanales del castillo, descubriendo un paisaje admirable, ponen nuestra vista en el huerto carmelita y en las dos breves casas eremíticas que coronan la verdeceda heredad. En una, Teresa de Jesús alternaba sus místicos deliciosos con sus inspiraciones literarias y sus planes de gobierno para la grey que

ella formaba. En otro lugar, Juan de la Cruz, el divino poeta cuyo cuerpo yace abajo, encerrado en urna de plata sobre un altar del templo del convento, dejaba escapar su espíritu hacia las regiones más altas, cuando el alma se iba «por la secreta escala». La tarde ha caído ya, y una sensación inefable se apodera de nosotros ante la serena majestad del paisaje, porque sentimos el íntimo misterio de la «Noche obscura».

¡Oh, noche amable más que el alborada! Cuando,

entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y á su rubor, reposa
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del amado.

Es noche de éxtasis, de éxtasis de amor, de exaltación de la vida.

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora.
La música callada,
la soledad sonora.

Y son antorchas en el huerto las llamas de amor vivas, y lámparas de fuego que rutilaban su lampo en cavernas del sentido, que de ciego abrióse á luz.

El palacio de Enrique IV

Entre los viejos parajes de la ciudad que conservan su nombre, queda la plazuela de los Espejos. ¿Veis la gracia, la elegancia sin par de un lugar así llamado? Hasta se diría que carece de la austereidad castellana, y parece más bien propicio de la plaza de una ciudad de Italia, galante y luminosa. Sin embargo, es Castilla, y es Segovia.

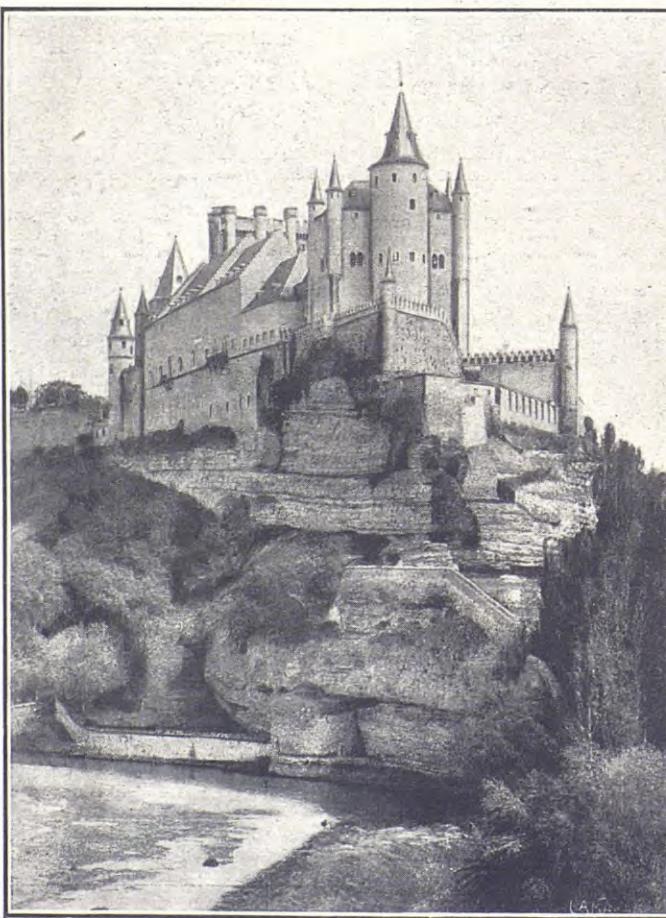
Es que aquí estaba la casa de los Espejos. El palacio de Enrique IV. En él vivió también Isabela antes de la jornada de San Román y de la lucha en que, por un lado, alzaba el nombre de la ciudad el licenciado Peralta, y por otro, Andrés de Cabrera, el prestigio egregio como alcaide del alcázar. Aquel Andrés de Cabrera, futuro marqués de Moya, que fué casado con Beatriz de Bobadilla, la dama predilecta de Isabel, y la que encendió en amor y en esperanza el alma de Colón.

Luego, este mismo palacio sirvió de aposento á la reina Doña Juana, que más quería esta vivienda ciudadana que la otra apartada del castillo. Por aquí pasó su melancolía, que fué cosa de toda su vida; aquí ensorbió con el novio ideal, y aquí gimió su tristeza de siempre.

Nada queda ya de la pristina fachada, harto prosaica y vulgarmente renovada, y sólo en la casa contigua, que antes no era sino parte del palacio mismo, consérvese un patio de aquel tiempo con el arco tapiado de una puerta. El arco sutil y primoroso de una traza de atauifa que ostenta á través de los tiempos la gracia de otra edad.

Fué aquél de adornar con espejos la parte superior de la fachada principal del palacio un capricho del calumniado monarca Enrique IV, que, á pesar de lo rudo de su traza, alto hasta lo desgarbado, recio de complejión, feo de rostro, con la nariz muy chata y una barba rojiza lo mismo que el cabello, era, sin embargo, un espíritu delicado, amigo del refinamiento y aun de la moliecie, gran amador de las artes, singularmente de la música.

Y en sus horas, cuando los nobles del reino y su propia familia querían consentirle alguna breve tranquilidad, es cuando podemos imaginarnos este palacio, que á la opulencia castellana de Don Juan Segundo, gustaba de unir cierta fas-



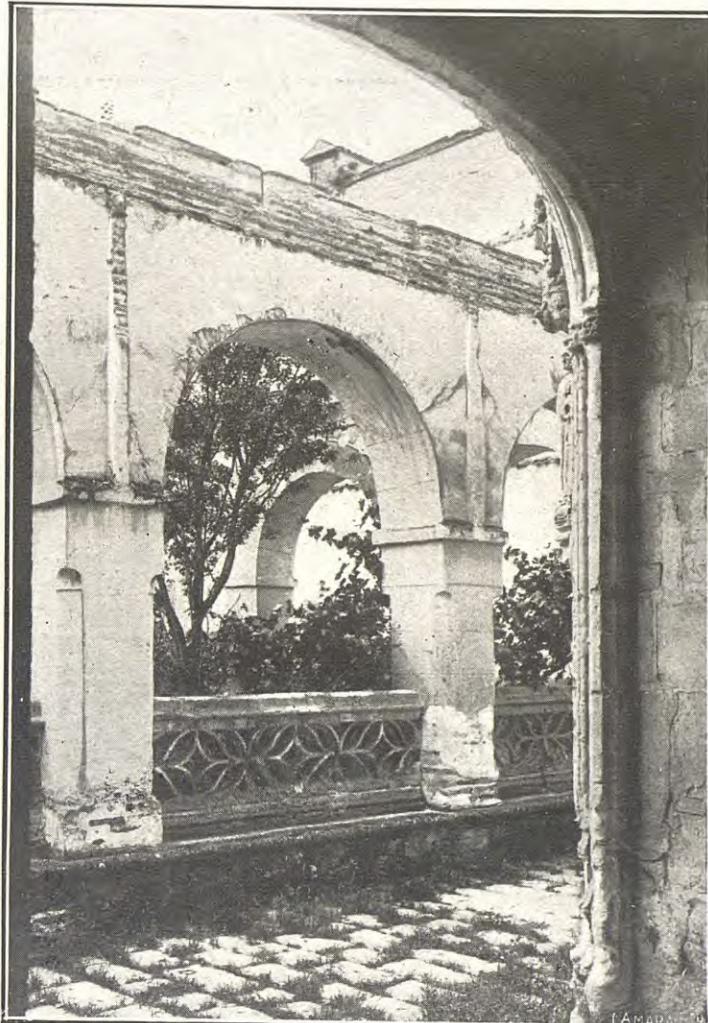
El alcázar

tuosidad oriental y meridional. Estos muros, cubiertos de las más ricas alcañas; los tapices más blandos y vistosos escondían los suelos. La servidumbre de moriscos animaba con sus pintorescas vestiduras estos aposentos y galerías. Los surtidores bailaban su danza de aljófar sobre las tazas labradas de las fontanas. Músicas suaves tañían las nianas más diestras para recreo y deleite del señor rey de Castilla, y entre el humo de los pebeteros y la lumbre como rubíes de los brasearillos perfumados, cruzaban, arrastrando sus sdeñas almalfas, las más garridas ricas hembras. La hermosura de Doña Brianda, la belleza de Doña Guiomar...

El Parral

¡Claustro del Parral, hecho ya ruina y polvo! El viejo monasterio de Jerónimos no nos dice tan sólo de sus rollizos monjes, los mejor cuidados de todas las órdenes. Los de aquellos conventos en que de cada carnero se hacían dos albóndigas, y le daban frescas a cada fraile. No nos habla de los monjes señores que tenían á Zamarramala como lugar suyo, y habitaban uno de los más espléndidos monasterios del reino. Porque toda su fuerza evocadora es para recordarnos á su fundador, el revoltoso Pacheco.

La noble iglesia abandonada preside unos lugares propicios á los espíritus sabáticos. El alma diabólica de Don Juan Pacheco, que ora hecho piedra junto al altar mayor del templo, haciendo pareja á la efigie devota de su hija, vagabundo de noche por el atrio medroso, y el gran endemoniador de reinos, departe con los malos espíritus de las tinieblas. Los claustros del Parral son hoy bosque frondoso. La vida vive entre su muerte y surge verdecida y frondosa. Por ellos corre la sombra de Doña Guiomar, querellosa contra Pacheco, que la arrojó á los celos de la reina Doña Juana. Finó el rey, finó la reina, murió el de Villena y acabóse Doña Guiomar. Tan sólo entre los arcos se multiplica la arboleda, y vive y aumenta frutecida la parra secular y uberrima, como una ofrenda púnica sobre las cristianas ruinas.



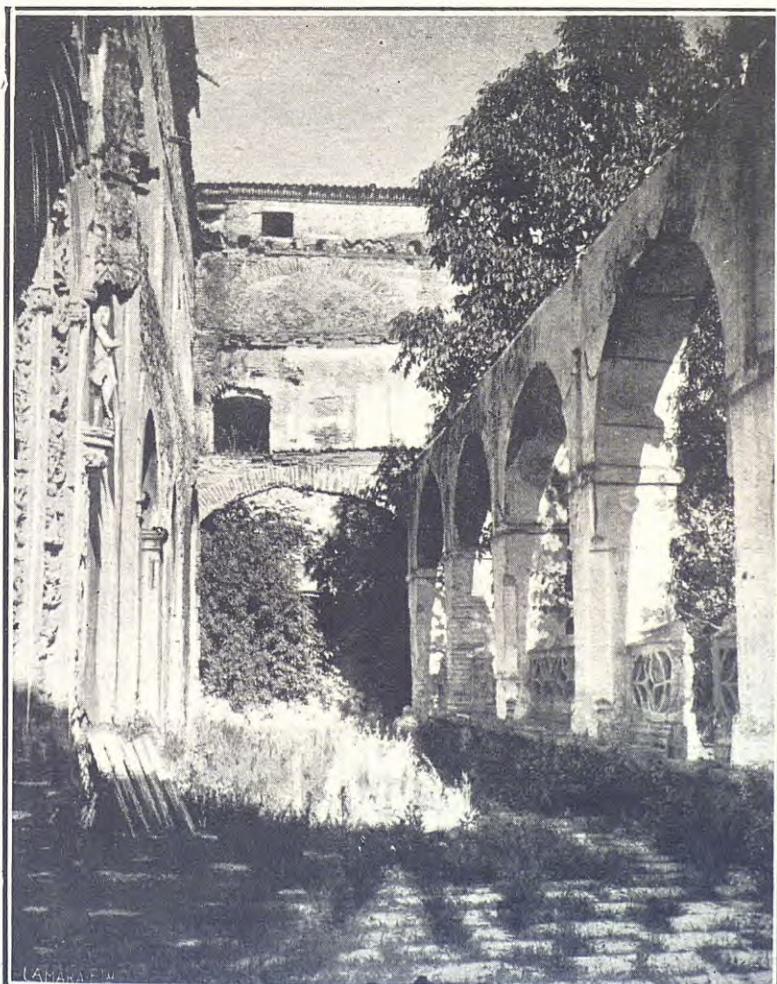
Puerta de acceso al claustro del monasterio del Parral

Los templarios

Desde el Parral corre una senda por la colina entre aquellas peñas que fueron fondo del abismo del mar cuando la Atlántida era tierra. La senda lleva á un templo extraño y misterioso. Es circular, como el Santo Sepulcro de Jerusalén, y la torre que tiene aneja desdice de él. Su torre primitiva fué sin duda esa cuyos cimientos se advierten allí cerca y que estaría separada de la iglesia á modo de los campaniles italianos. Ese templo se llama de la Vera Cruz. Cuando sus puertas se abren, el alma de los siglos pasa cortando nuestra frente como una ráfaga helada. Aquel recinto, de una suprema aristocracia, no puede ser pisado por todo el mundo. Sólo se hizo para caballeros y poetas.

En el centro, y en alto, está el cernáculo. Sobre aquel ara no puede ponerse otra cosa que el Santo Grial ó las armas de un caballero que las ve lase. Y en forno de aquel ara, formando una corona de alburia, los profesos, con sus cándidas túnicas sobre sus armaduras resplandecientes. El neófito renegaría tres veces de Cristo, y el maestre le invitaría á la adoración de Bafomet. Entonces una paloma, blanca como los linos de los sayales, pasaría volando lo mismo que una inspiración, y los caballeros pondrían la mano sobre la cruz del pecho, roja como el sagrado vino de la Eucaristía y como la sangre del redentor Hijo de Dios.

Ese templo, breve y austero, guarda en su magna sencillez el alma de Hugo de Pains, de Godofredo de Saint-Omer y de los siete caballeros que fueron, con ellos, los primeros templarios, y guarda en el tesoro de su misterio un enorme poema escrito brevemente, con caracteres góticos y palabras latinas, en una piedra que tiene el espíritu del siglo XIII, caballeresco é ideal. «Sean—dice—colocados en el cielo los fundadores de este templo.» Y luego ruega por los extraviados, y hay como un santo aroma de amor y de piedad que flota en el ambiente de la iglesia templaria, donde había siempre un asilo para el descaminado y había una lanza paladina para quien de ella hubiere menester.—PEDRO DE RÉPIDE.



El claustro del monasterio del Parral



Patio del palacio de Enrique IV

LOS POETAS ESPAÑOLES



FLOR DE DURAZNO

La mañana es tibia,
el cielo está claro...,
y en el verde nuevo
de los tiernos prados,
y en la tierra obscura
que recientemente removió el arado,
se destaca y luce, hermana preciosa
de la flor de almendro, la flor de durazno...

Como un alborozo
virginal en que ríen los campos...
con sus explosiones de aurora divina
en oteros y lomas y llanos,
abre en todas partes, generosa, espléndida,
llenándolo todo, la flor de durazno...

¡Humilde alegría
de los pobrecitos y desheredados!...
Vistiendo las ramas desnudas y tristes
de la pobre huerta, del desnudo patio,
todos los rincones
llena con su encanto,
sencilla y graciosa,
la flor de durazno...

Abre en todas partes...
La rama florida meida en un jarro
es la nota alegre

del humilde cuarto...,
y, como ilusiones, abren cada día
los encantadores botones rosados...
¡igual que ilusiones
abren los botones de flor de durazno!...

La mañana anuncia ya la primavera
con hojitas nuevas y piar de pájaros...
Parecen en iraje
de fiesta los campos,
con sus galas vistosas y alegres
de flor de durazno...

Sobre el fondo del cielo purísimo
se destaca el pobre caserío blanco
entre nubes de flores rosadas
de flor de durazno...

Como pura ilusión matutina,
por el verde prado
y á través del cerco
pasan los rebaños...
Paciendo tranquilos
se ven los rebaños
entre la alborada de nubes de rosa
de los cercos de flor de durazno...

A misa temprana
toca el campanario...,

y van por la senda
los enamorados,
los ojos gozosos
y unidas las manos...
los ojos gozosos
y la dulce sonrisa en los labios...
¡Cruzan por la senda
los enamorados,
por entre ramajes cuajados de flores,
como en un ensueño de flor de durazno!...

Aurora de rosa
en oteros y lomas y llanos...
Campanita alegre,
caserío blanco...
Alegres praderas,
tranquilos rebaños...
Novios domingueros
y piar de pájaros...
Visión delicada
de divino encanto,
á través de encajes de ramajes tenues,
tejidos de flores, por el sol calados...
¡Visión delicada de una deslumbrante
gloria matutina de flor de durazno!...

VICENTE MEDINA

DIBUJO DE PEDRERO

LA VENUS DE LAS PIELES

DÓNDE había yo visto ya, entre pieles dignas de haber venido á la corte de las Españas traídas por un embajador de Mongolia en tiempos de Carlos II, el de los hechizos, aquella sonrisa atrozmente pintada, aquella mueca banal de persona sin edad definida, de mujercita convencional, de Eva moderna soñada por Barbey D'Aurevilly? Creo que la primera vez fué en una fiesta carnavalesca organizada en Venecia por la marquesa Casetti, en que la dama se retrataba en el mágico fondo de la plaza de San Marcos con su leopardo... O en el Chateau de Saint Moritz, en el baile que ofreció Madame Sarto al gran duque Pedro de Rusia...; tal vez en un concurso de tango del *Excelsior* de Roma...

Me extrañó porque era el tipo más acabado de la decadencia, un tipo hecho todo de afectación y de artificio. Tenía el pelo caoba porque el pelo caoba era chic; los labios rojos, porque Dorin había inventado un lápiz maravilloso; la tez de magnolia, porque Haubigant era el creador de un agua sorprendente; los ojos cernidos de sombras azules, porque Bardin era el creador del lápiz ultra-azul. Su cuerpo tenía raros contornos bajo las toilettes extraordinarias, y era, unas veces, la Tanagra de una euritmia portentosa; otras, la mujer de Oriente hecha de voluptuosidad, y algunas, hacíase rígida como las damas de Velázquez. Pero siempre, casta ó obscena, hermética ó provocadora, su sonrisa aparecía entre las pieles fastuosas dignas de una Catalina de Rusia. Eran arniños albos como copos de nieve y suaves como el terciopelo; chinchillas de seda riñada de plata; marta diradas ó de argentados reflejos, y hasta pieles naranja, violeta y verdes.

Aquella mujer acabó por intrigarme, por turbarme y apasionarme. ¿Tendría alma? ¿Sería un alma de muñeca, un alma extática oculta tras una porcelana, ó bien en la idolesa pintada había un alma de llama?

Una tarde, en casa de la princesa Ratinisky, en el suntuoso hotel-palacio de los Campos Elíseos, Olmeido, el portugués, me presentó á ella. En un rincón del hall muy Iribe—lakas rojas y damascos grises—hablamos largamente. Indiscreto como un novelista, la interrogué en veces de confesor. Y con asombro por mi parte, en vez de una ambigüedad irónica, ya que la educación nos veda las repulsas violentas, habló con franqueza:

—El mundo me parece estúpido. A fuerza de ser discretos hemos organizado hasta nuestras enormidades. No hay nada peligroso, nada audaz, nada absurdo. El peligro es una cosa meramente material—espachurrarse en un vuelo de aeroplano, estrellarse con el auto, morir de una puñalada en una visita á un barrio sospechoso donde hay más policías que criminales—. Por lo demás, basta susurrar al oído de cualquiera: «Es la gran duquesa Magdalena, ó el gran duque Doroteo, ó el gran príncipe Flori», para que se inclinen y saluden... Si no, unos luisos, el razonamiento supremo de un poco de oro... Yo—prosiguió con una exaltación rara en en ella—hubiese querido vivir en otros tiempos heroicos en que eran posibles los grandes gestos y las palabras decisivas. Yo hubiese querido ser una santa reformadora ó una reina guerrera, ó siquiera una cortesana amada de reyes y arbitrio de la política en una gran nación.

Me quedé mirándola. Y ante la hembra ambigua me formulé la pregunta á que hace pocos días han contestado los acontecimientos; ¿verdad ó pose?

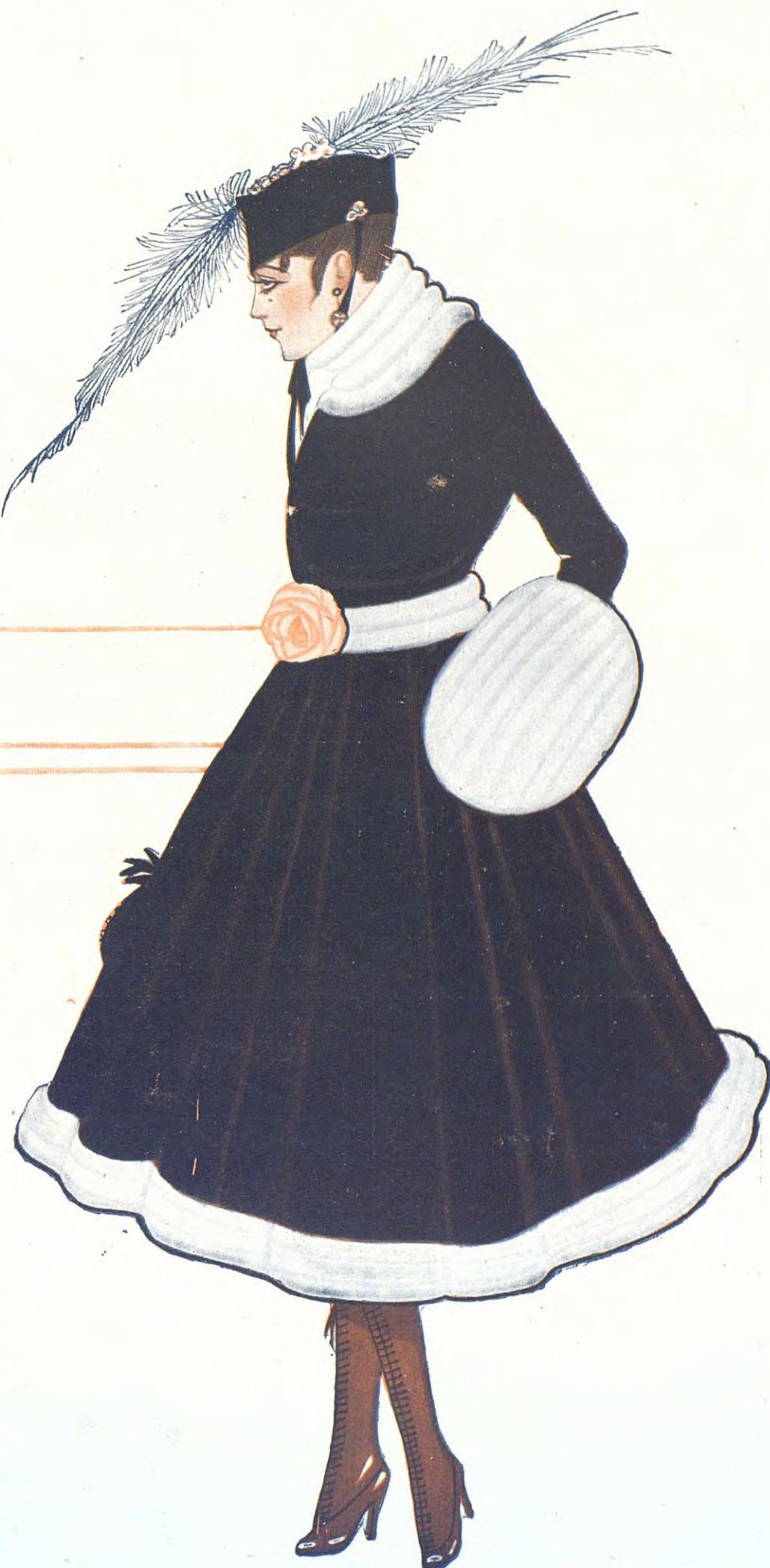
Al pasar distraídamente las hojas de una revista ilustrada, mis ojos quedaron extáticos, fijos en una figurita de mujer que surgía de las fastuosas pieles... ¡Era ella!

El periódico contaba el drama de espionaje, las raras aventuras de aquella criatura solapada y cruel que, nueva Dalila, había sabido seducir á los hombres para robarles los altos secretos de Estado. Envuelta en raras aventuras había estado á punto de entregar una plaza fuerte á los enemigos, y, por fin, cogida y probado su delito, la habían fusilado.

La miré extático, asombrado de que hubiese osado vivir su ensueño, y ante su sonrisa, atrozmente banal entre los toisones magníficos y las perlas fabulosas, dudé otra vez.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE CHACÓN



EL VERANEO EN ROMA

LAS TERMAS Y LAS NAUMAQUIAS



LEYENDO á Vitruvio, tenemos plena noticia de cómo veraneaban los romanos. Dijérase que nuestra civilización no ha logrado aumentar, ni siquiera igualar, los placeres con que Roma hacía tolerable los meses del estío. Acaso parezca probado que en aquella época la temperatura era más alta que en la nuestra. Entre otros indicios, parece probarlo así el traje de los romanos, tan ligero y abierto, que hoy no podría llevarse sin sentir frío.

Tal causa pudo haber producido en los romanos la afición desatinada al baño, que llegó á términos de licencia y de vicio. Había quien se bañaba tres y cuatro veces al día, quien se pasaba en el *balneum* de su hogar ó en los *balineae* públicos, todo el día, y quienes celebraban comidas dentro del agua. Así los mismos romanos dijeron. *balnea, vina, Venus corrumpunt corpora sana*, y Juvenal encontró en los escándalos de las termas frecuente inspiración para sus sátiras.

Eran estos escándalos espectáculo diario en la Roma de la decadencia. Toda la literatura romana está llena de relatos y noticias de los baños. Cicerón nos cuenta cómo era el *apodyterium*, donde los bañistas se desnudaban. Nada menos que una ley se hizo para obligar á los romanos á despójarse de sus ropas apenas entraban en las termas, para impedir que en el *unctorium* ó en otras dependencias robásen los utensilios, los perfumes ó otras cosas, y en seguida hub-

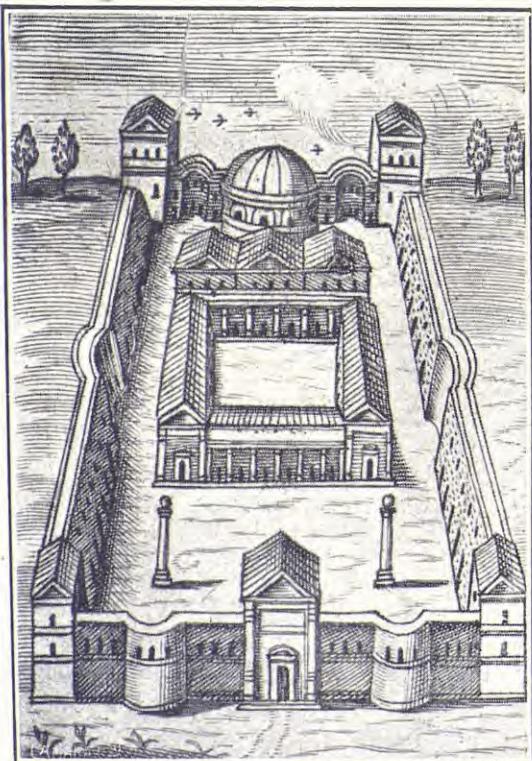
Plano de la ciudad de Roma en tiempos de los Césares

que hacer otra ley para impedir que á los que se desnudaban les robásen los trajes. Se creó entonces en las termas, en el mismo *apodyterium*, el guardarropa, que, á través de los siglos, ha llegado á nuestros teatros, bailes, etc., etc. Plinio, á su vez, os contará cómo era el *baptisterium*, mientras que Aulo Gelio os describirá la *piscina*, donde se tomaban los baños fríos, y Suetonio os narrará cómo en los estanques donde se recogían algunas aguas termales naturales, se las mezclaba con nieve para enfriarlas, y Celso os pintará el entusiasmo con que en el *natacio* daban los romanos y las romanas pruebas de su brío. Séneca completará el cuadro enterándonos de cómo el esclavo *alipites* ó *uncitor* va limpiando la piel del bañista con el suave roce del *strigile*, y cómo, luego, la cubre de perfumes. Estuviera entera la visión de las termas si Juvenal ó Petronio nos hubiesen trazado detalladamente la figura del *balnearius*, el ladrón profesional de las termas, que en la vieja Roma, como en la nueva España y como en todas las latitudes, la

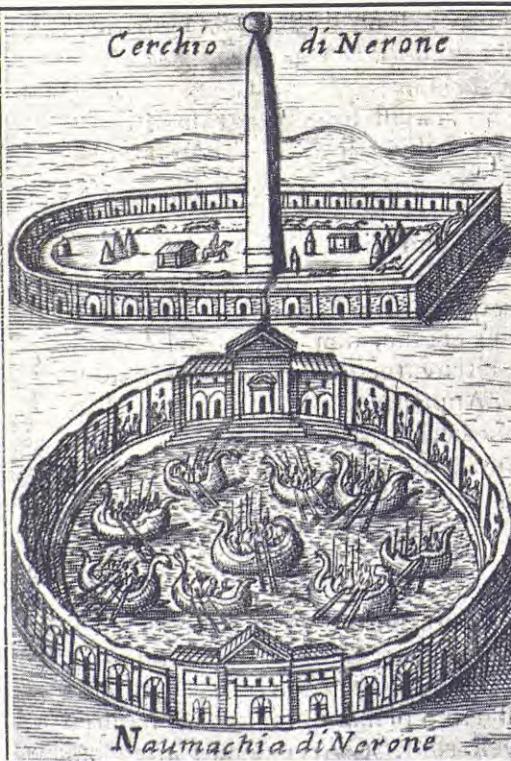
especialización de las diversas habilidades es una de las más claras pruebas de entendimiento en los discípulos de Caco.

Se concibe que todavía el siglo XVIII, educado en las doctrinas del Renacimiento, sienta el horror del agua; pero no se explica que, ya en el siglo pasado y en el actual, no se haya resucitado en París ó en Londres, en Berlín ó en Roma mismo, en Nueva York ó en Buenos Aires, la terma romana, tal como llegó á ser desde el siglo de Augusto: baños calientes, fríos y de vapor, salas de conversación y de discusión, bibliotecas y galerías de pintura, departamentos para toda clase de juegos y ejercicios, patios y galerías donde pasear, correr y saltar, gimnasio y cuantos entretenimientos puede proporcionarse un pueblo sediento de diversiones. Diréis que, en realidad, eso es un casino de nuestras ciudades; pero en nuestros casinos el balneario y el gimnasio no existen ó están instalados misérablemente.

Con Suetonio asistimos plenamente al soberbio espectáculo de las termas. Luego, la viva eloquencia de las piedras, que la barbarie derribó y aparecen soterradas, nos enseña qué grandeza tendrían las termas de Tito, en cuyas ruinas se encontró el grupo estupendo de Laoconte, que el papa Julio II colocó en el Vaticano, ó que soberbia riqueza las termas de Caracalla, que después de arrasadas, conservaban el Hércules y la Flora, conocidos hoy con el sobrenombre de



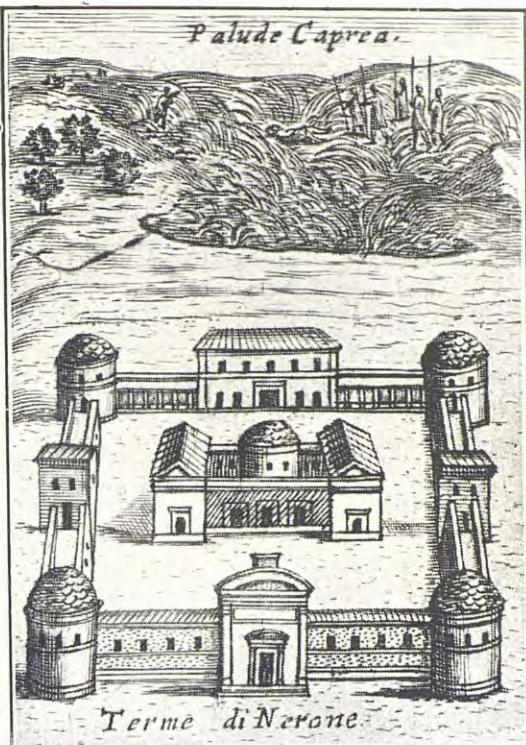
Termas de Caracalla



Naumachia di Nerone



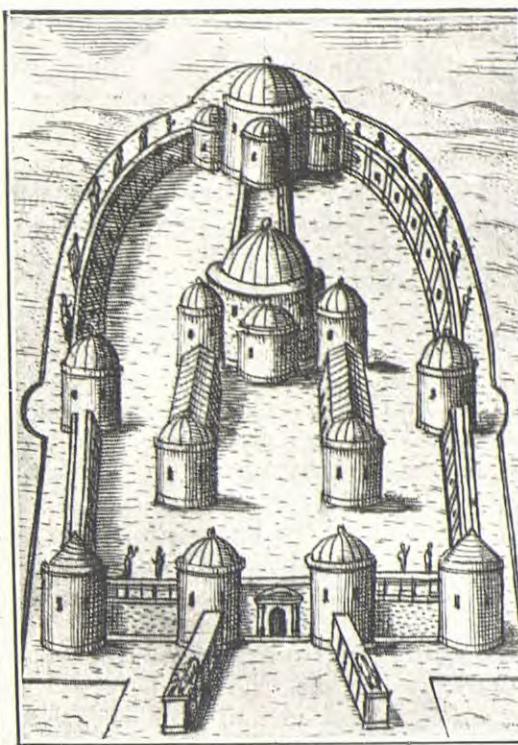
Naumachia di Cesare



La terma de Nerón



El monte Palatino



La terma de Agripina

Farnesios, y el grupo admirable de Zetos y Anfión amarrando á Dirce á la cola del toro salvaje, que están hoy en el Museo de Nápoles.

Veraneaba el pueblo romano en las termas y en las naumaquias. Cada día salían de los antros de la Suburra los hombres más fornidos para formar las tripulaciones de las flotas que simulaban desaforados combates. César y Nerón regalaron á Roma dos naumaquias, pero la iniciativa particular construyó otras.

Se ha dicho—afirmaba Mesonero Romanos—que luego que conquistaban los romanos un país, lo primero que hacían era edificar termas y naumaquias para los ricos y para la plebe.

Allí la *navis actuaria* y la *návis longa* y la *návis turrita*, seguidas de la *návis oneraria*, daban idea al pueblo romano de lo que fueran las flotas con que se había llegado á la dominación del *Mare internum*.

No era fingida la pasión con que luchaban ambos combatientes. Los navíos chocaban unos contra otros, y en el abordaje muchos hombres caían al fingido mar, que era lo bastante profundo para que fuera raro el combate en que no se ahogaran algunos luchadores.

También en el palacio del César era el estío ocasión de grandes regocijos al aire libre. La sea de sangre, que parecía enloquecer y consumir á la Roma de la decadencia, se sacia en espectáculos diarios, donde las fieras se despedazaban ó desgarraban las carnes de viles esclavos.

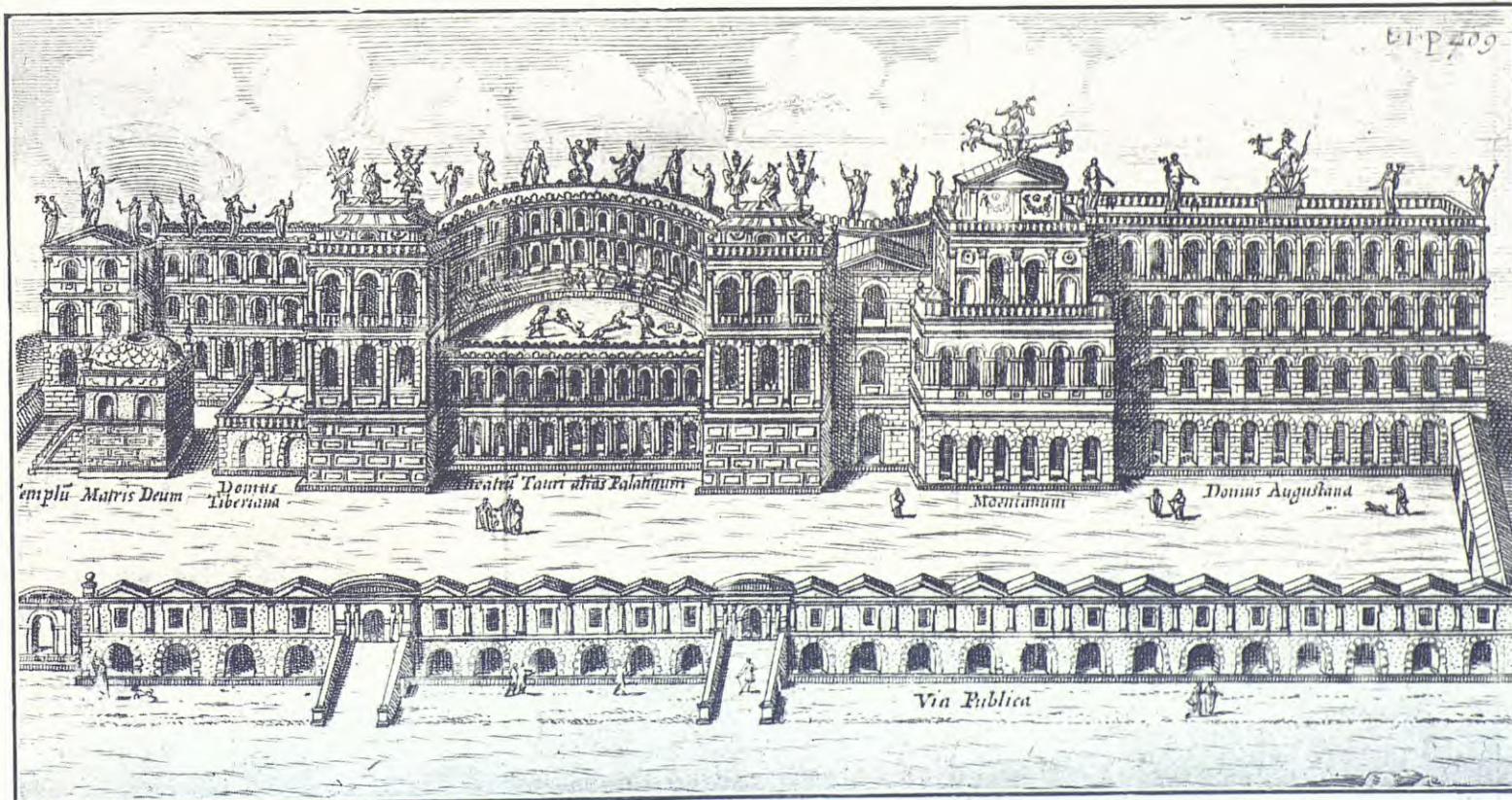
En las noches caliginosas, la muchedumbre trasponía los puentes, salía del cerco de las murallas y buscaba en los montículos y colinas espacio para sus diversiones, que solían terminar cuando se anuncianan las primeras luces del alba en el horizonte.

Petronio hubiera podido dejarnos un cuadro

admirable del estío en Roma, si no se hubiese limitado á una sola frase: «En este estío ningú roman duenme en su propio tálamo.» Aumentábase el jolgorio cuando regresaban tropas de las provincias dominadas. Entonces no quedaba lugar en las termas ni en las naumaquias para el pueblo, porque la soldadesca lo llenaba todo. Luego, en las horas de la noche, eran los legionarios los dueños de las vías de la ciudad, y nada se oponía á sus desmanes. Todas las embriagueces: la del vino, la del amor y la de la muerte, enloquecían á aquellas muchedumbres.

Entretanto se divertía así el pueblo, la aristocracia pasaba el estío refugiada en el campo, asistiendo desde sus villas de placer á la siega ó á la vendimia que inspiraran divinos versos á Virgilio.

MINIMO ESPAÑOL



El palacio de los emperadores romanos en la época de Julio César

LA ESFERA

ESCENAS CAMPESINAS



UN RECUERDO AGRADABLE

FOT. DE J. M. BUERBA

RINCONES DE MADRID

LAS INCURABLES



Altar, con la imagen de Jesús, que existe en el portal del viejo palacio de la calle de Amaniel



Fachada del antiguo palacio de Monterrey, convertido en Hospital de Ancianas Incurables en 1824



Gruta, con la imagen de la Virgen del Carmen, que adorna el jardín del Hospital de Ancianas Incurables

Es un caserón pardo y conventual, sito en el número 11 de la calle de Amaniel.

Allá en tiempos remotos fué la casa solar de un noble viejo y austero, el conde de Monterrey, y aun á través de los siglos, y de haber sido varias veces remozado el edificio, aún parece flotar en él el espíritu de las antiguas vidas. En 1824 fué adquirido por la condesa de Lerena, y por su pía voluntad convertido en asilo de ancianas incurables.

En el amplio portal hay una hornacina con una imagen, ante la cual arde una lámpara roja y cuelgan amarillentos ex-votos de cera. Yo he cruzado varias veces ese portalón en un triste y lejano mes de Mayo, llevado por una devoción dolorosa, y he subido lentamente la gran escalera jalbegada de azul tenue, en uno de cuyos testeros, y junto á un lienzo borroso que representa un pasaje evangélico, albea una lápida de mármol, perpetuando la fecha en que un caritativo señor, en descargo de sus flaquezas mundanas, hizo, al morir, donación de sus haciendas á la santa casa.

Nada hay tan hondamente melancólico y monótono como un hospital. Yo he presenciado el drama vulgar de esos míseros vivires, con sus días abrumadoramente idénticos, el alma desolada y la carne roída por la carroña. Llevan en la frente, como un tremendo tatuaje, la desoladora palabra *incurable*, y arrastran la penosa cadena de sus días por las salas blancas, llenas de lechos iguales, con un número y la efigie nimba de algún santo.

En las horas beatífi-

cas de solecito, las ancianas á quienes el mal no retiene en el lecho, salen á una galería alegra, adornada con macetas, que cae sobre un jardín gris y simétrico con una fuente vieja en el centro.

Todas las asiladas son muy viejas; algunas llevan en su alma la pesadumbre de un siglo de recuerdos, y pocas personas van á visitarlas. Las Hermanas suelen entretenér su amarga soledad con la narración de milagrosas historias de santoral.

Los días de fiesta el administrador y sus hijas visitan el establecimiento, y es muy triste ver pasar el grupo familiar, con la expresión de

su felicidad serena y amorosa y de su bienestar burgués, por las salas heladas de aquel cementerio de almas.

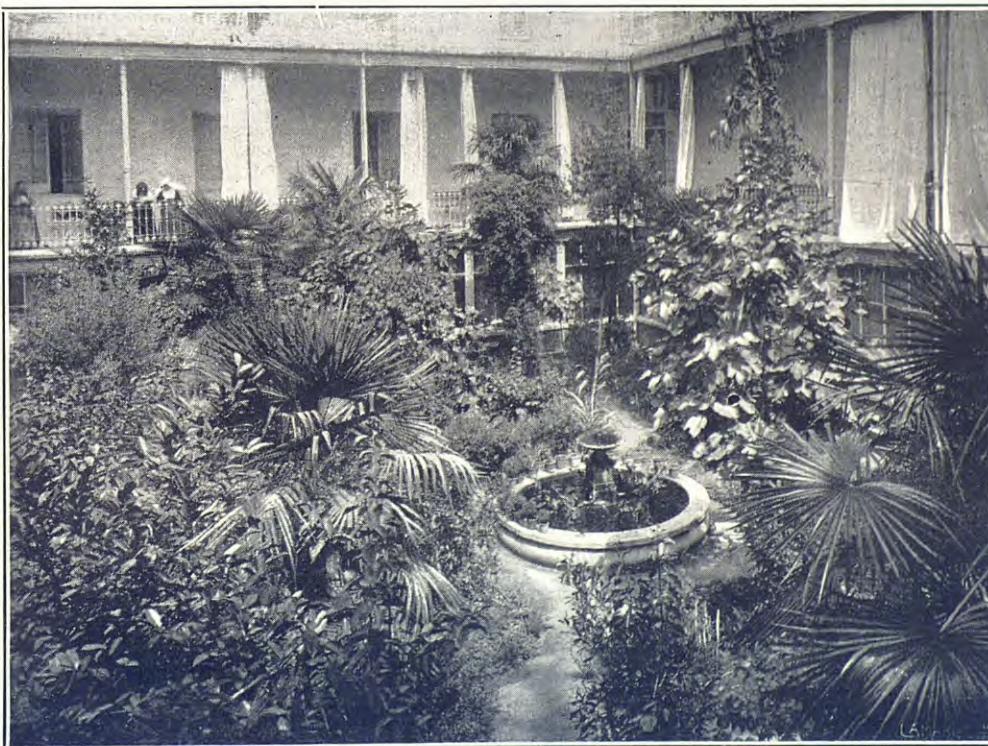
Al declinar de una tarde, vi á las religiosas reunidas en torno de un lecho donde agonizaba una enferma. No había á su cabecera ningún corazón familiar.

Su rostro era de color de tierra rojiza, y de sus labios caían una á una palabras incomprensibles y estérforosas, como cuentas de un triste rosario.

Era la hora de las *Flores*, y las enfermas se dirigieron á la capilla. El órgano salmodiaba solemne y lejano. Y fueron pasando ante los ojos vidriados de la moribunda, como un cortejo de pesadilla, una tras otra, las siluetas contorcidas, borrosas, arrastrando los pies con algo medroso y de maleficio.

Yo también acudí á la capilla. La salmodia grave, profunda, era como un sollozar de dolores confusos y antiguos. Un violín cantaba los estribillos y las dulces estancias de las *Flores*. A las voces cristalinas de las religiosas se unía el coro áspero de las viejas. Las flores nuevas aromaban la capilla blanca, de cándida liturgia, y profusión de luces ardían ante la Santa Dolorosa.

Cuando volví á la sala de la moribunda todo estaba en sombra, y una campana doblaba solemnemente. Junto al lecho ya no había nadie. Las líneas, angulosas, rígidas, del rostro, se dibujaban confusas bajo un lienzo blanco.



Jardín y galería del Hospital de Ancianas Incurables de la calle de Amaniel
FOTS. SALAZAR

E. CARRÉRE

LA ESFERA

PANORAMAS GRANADINOS



Una fuente del jardín de los Mártires, y al fondo la Alhambra

FOT. TORRES MOLINA

LA ESPERA
ARTE MODERNO



LA MAJA DEL ABANICO, cuadro de Juan Cardona

DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO

D. GABRIEL RODRÍGUEZ



Uno de los últimos retratos de D. Gabriel Rodríguez

SE asomó á la vida nacional cuando en ella se produjo un cambio extraordinario; poderes que parecían invencibles, prestigios que se consideraban perdurables, cayeron aniquilados por el ímpetu de nuevas creaciones de aquellos tiempos. En los de D. Gabriel Rodríguez todo brillaba con los matices de la esperanza, y en todo se advertía afán perenne de radicales transformaciones.

Vió prepararse una revolución; estuvo en su triunfo, y después de mirarla vencida, renacieron más tarde en su alma los anhelos de asistir al triunfo efectivo de la Democracia.

Fué un verdadero amigo del pueblo, no vor que le adulara, estimulando sus pasiones con ensueños que producen la sed, sin ofrecer nada para apagarla; fué amigo del pueblo porque ayudó á cuantos predicaron nobles ideas para engrandecer intelectual y físicamente á los ciudadanos.

Amó á su Patria, trabajando por ella con generosidad y con ahínco. No fué de los que lucieron en la cumbre, en los altos puestos; no quiso ser ministro ni personaje influyente, de los que pasan por el mundo con estruendo. Estudió con perseverancia, razonó con fe. En la hora de los sacrificios personales fué puntual, y estuvo ausente durante el pródigo reparto de recompensas.

Era más amigo de las ideas que de los hombres; más partidario de los resultados que de los planes para conseguirlos. Prefería el discurso en la mente al discurso de palabras, y tuvo en toda hora la modestia de no aparentarla.

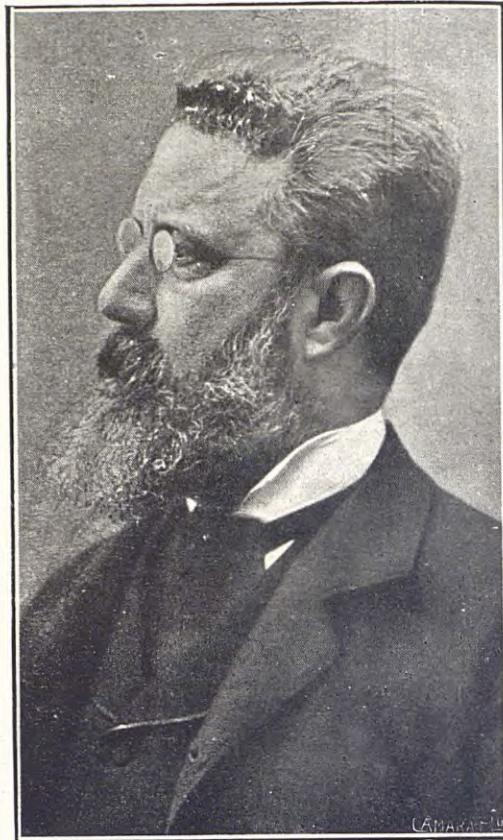
Sus amigos más íntimos fueron: Giner, el maestro insigne; Figuerola, el hacendista de la revolución; Moret, el orador inolvidable; Pedregal, Echegaray, Costa, nombres que ahora se pronuncian con veneración sincera, con respeto casi religioso.

Intervino en la política cuando fueron jefes de Gobierno Serrano, Prim, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Figueras, Pí y Margall, Salmerón, Castelar y Cánovas; cuando los parlamentarios se llamaban Martos, Montero Ríos, Rivero, Echegaray, Mo-

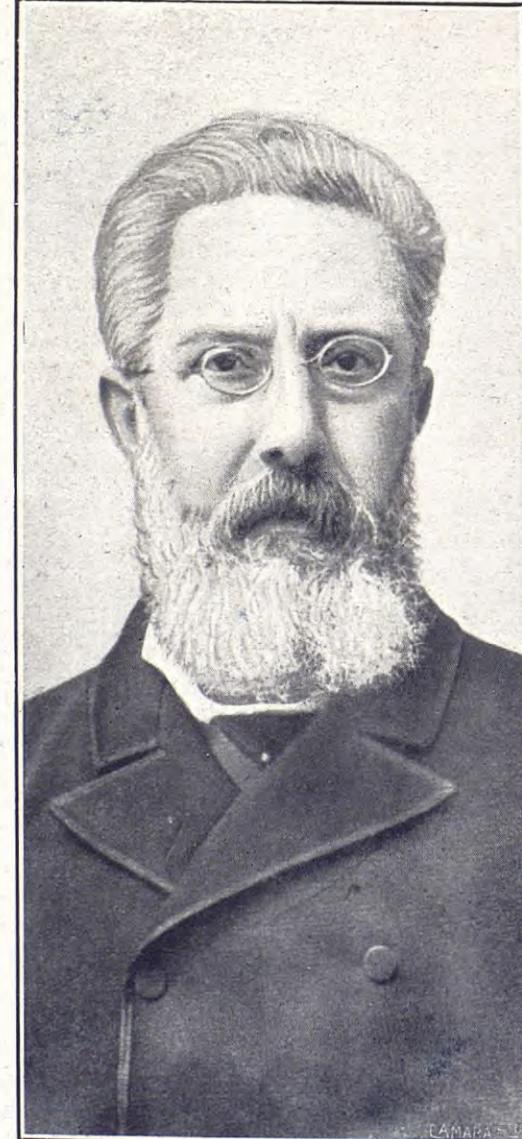
ret, Moreno Nieto, Silvela, Romero Robledo, Becerra, Ayala, Sardoal y Albareda.

Trabajó en la Institución Libre de Enseñanza con el insigne y ya citado D. Francisco Giner, con Azcárate, con Labra, con Augusto Linares, con Caso, y en el Ateneo intervino en las discusiones á la vez que Moreno Nieto, el de los maravillosos discursos llenos de poesía y de sinceridad; Revilla, formidable polemista, malogrado en plena juventud; Urbano González Serrano, que era en la tribuna, en el periódico y en el libro, á un tiempo mismo, sabio y ameno, crítico y artista, orador y filósofo.

Al lado de todos los hombres que acabo de citar, admirado y querido por ellos, fué D. Gabriel Rodríguez orador no florido, como su entrañable compañero Moret, ni grandioso como Castelar, ni arrebatabor como Figueras. Se presentaba ante el auditorio sin otras armas que las de la lógica y las de la sabiduría. Tuvo siempre el empeño de persuadir, no de alucinar; de poner en las palabras razones, no sutilezas que trastornasen al oyente; de dar á sus frases, como única magia, la magia de la verdad, que se apodera de los ánimos á la fuerza, en lucha brava, sin el auxilio, á veces pérvido, de la Retórica.



Un retrato de D. Gabriel Rodríguez en 1900



Retrato de D. Gabriel Rodríguez, que D. Segismundo Moret tuvo en lugar preferente de su despacho

Y á la vez que orador en el Congreso y en las reuniones de la Sociedad para la reforma de los Aranceles y en el Ateneo, fué ingeniero, jurísculto, maestro, y tuvo gran fama, honrosa, enviable fama, cuando eran muchos los que la apetecían y bastantes los que con justicia la conquistaban.

Entre las cualidades extraordinarias de don Gabriel Rodríguez, lucía una que constantemente se echa de menos en nuestros hombres públicos. Don Gabriel Rodríguez tuvo firmeza de carácter. Ahora suele llamarse hombre de carácter al agrio y regañón que aborrece las alegrías del mundo, ó al cicatero que niega satisfacciones á cuantos se las piden. La firmeza de carácter, que consiste en tener fe en los propios convencimientos y propósito inquebrantable de aplicarlos, era lo que valoraba las condiciones de D. Gabriel Rodríguez, que, además de todo lo dicho, fué artista, y dentro del arte cultivó la música, que engrandece los espíritus, los depura de miserias, los intensifica con hondas emociones.

Para demostrar con documentos y recuerdos cuánta y qué merecida fué la fama del ilustre Rodríguez, su hijo Antonio Gabriel ha compuesto un libro donde colaboran la Justicia y el amor filial con sumo acierto, que en las buenas obras pueden y deben ir unidos los rigores de la apreciación imparcial y las ternuras santificadoras del cariño.

Este libro, que muy justamente pudiera llamarse de un buen ejemplo de ciudadanía y de patriotismo, debiera pasar bajo los ojos, un poco escépticos, de la juventud de hoy; y sus páginas debieran ser leídas y meditadas atenta y detenidamente en estos tiempos de egoísmo, donde lo de menos, con ser muy censurable, es que la ambición política busque el máximo rendimiento en medro personal, sino que quiera obtenerse á costa del mínimo esfuerzo patriótico, como si la Patria debiese darlo todo por nada y no fuesen los individuos quienes debieran sacrificarse todo por el supremo ideal de verla engrandecida y respetada.

J. FRANCOS RODRIGUEZ

El veraneo de la Reina Victoria

CONCURSO DE "LAWN-TENNIS" EN EL CAMPO DE LA MAGDALENA

ESTE año ha ofrecido un interés saliente la semana deportiva en la hermosa capital norteña, y esta nota brillante la ha constituido la presencia de S. M. la Reina Doña Victoria, quien ha tomado parte en el importante concurso, alcanzando uno de los premios que la Sociedad deportiva había establecido para la categoría de los jugadores de «Handicap» y parejas mixtas.

El selecto público allí congregado hizo objeto de una entusiasta ovación á la augusta jugadora cuando ésta se acercó á la tribuna á recibir las enhorabuenas por haber vencido en la prueba final. Pero Doña Victoria, con sincero gesto de modestia, cedió sus aplausos al Sr. Sag-



S. M. la Reina al llegar al campo de "Tennis" para repartir los premios

de S. M. el Rey para el campeonato de Santander, individual, quedará en poder del Sr. Sagnier, que es invencible con la raqueta en la mano.

Cuando S. M. la Reina Doña Victoria abandonó el campo de «tennis», la banda del regimiento de Valencia tocó la Marcha Real, y acto seguido fueron quitadas las vallas de red que marcaban los stand de los jugadores, y el selectísimo público que había asistido al concurso improvisó un baile que se prolongó hasta que la falta de luz del día impuso el desfile de los aristocráticos bailarines.

ooo

El cotillón organizado por la Sociedad de Tennis en sus amplios salones, resultó una fiesta brillantísima, figurando entre los asistentes el príncipe D. Felipe y su augusta esposa, la duquesa de Vendôme.

S. M. la Reina entregando la copa ganada al Sr. Sagnier

nier, que actuó de compañero, manifestando que el triunfo debíase, principalmente, á la habilidad y pericia de este verdadero campeón de «tennis». El señor Sagnier fué también ovacionado por el aristocrático público.

El resultado final de este interesante y brillantísimo concurso ha sido el siguiente :

Campeonato individual de señoras : copa de S. M. la Reina, Luisa Carvajal.

Las copas de S. M. la Reina Doña Cristina y de S. A. la Infanta Doña Isabel, para parejas mixtas, con ventajas, han sido ganadas por S. M. la Reina y el Sr. Sagnier.

Copas de la marquesa de Manzanedo, para parejas de señoras, con ventajas, Elsa Meade y Anita Soto.

Copas de la Directiva, para parejas de caballero, sin ventaja, Sres. Sagnier y Orué.

Copas de la Sociedad, para parejas de caballeros, con ventajas, Sres. Satrústegui y Cuadras; y, por último, la copa



Las Sras. Anita Soto y Elsa Meade y los S:es. Yáñez y Orué, con los premios ganados en el interesante Concurso
FOTS. SAMOT

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



LEYENDA Y REALIDAD

DICR la leyenda que Marfina, la hija del rey de Egipto, condenada por el Genio del Mal á fealdad perpetua, fué á buscar al fondo de los mares la perla milagrosa que había de devolverla los robados encantos.

Marfina se precipitó en el azul de las aguas, pero allí se quedó por los siglos de los siglos, prisionera del dios de las olas.

Por eso, los atrevidos navegantes de todas las épocas afirman haber escuchado, en las serenas noches de calma, dulces lamentos de la cautiva infeliz, reclamando socorro.

Pero la superstición ha podido más que sus impulsos caballerescos, y la pobre sirena sigue clamando en vano.

La expresada tradición, como casi todas las fábulas del pasado, tiene su moraleja.

No es allí, en el misterioso fondo de coral de los mares, donde la belleza se oculta. La princesa Marfina no se habría arrojado hoy en brazos del Océano engañoso en busca de la concha salvadora. Seguida de una lucidísima y multicolor legión de esclavas, se detendría ante las puertas de la PERFUMERÍA FLORALIA para reclamar las prodigio-

sas creaciones «FLORES DEL CAMPO», que, sin peligro para su libertad, acabarían con el conjuro, devolviendo á su rostro marchito la belleza y juventud perdidas. Solicitaría el OXENTHOL para la blancura y cuidado de sus dientes, y no echaría en olvido el desinfectante higiénico SUDORAL, que no mancharía sus costosos vestidos de seda y oro, y que, sin suprimir el sudor, lo transformaría para que los suaves aromas de los perfumes no se empañasen jamás.

DIBUJO DE PENAGOS